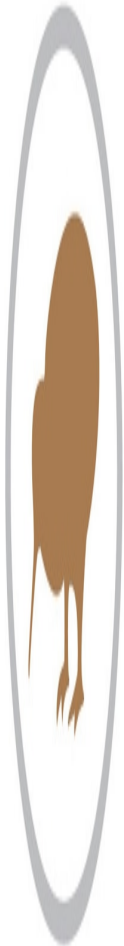
Moruena Estríngana

SOLO UNA NOCHE

Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2021
© 2021 Moruena Estríngana

© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
    Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo

A mi marido y a mi hijo.
Os quiero.

Prólogo

Violeta era una niña muy cariñosa y despierta. No había día que no deseara que sus padres regresaran del trabajo para verlos, pero siempre tenían algo mejor que hacer.

Un beso, una caricia y se metían en sus despachos.

Violeta se cansó de mendigar amor. Se metió en muchos líos para llamar su atención sin conseguir nada. Ni siquiera un fuerte castigo donde dejaran claro que le importaba.

Por sus trabajos no paraban de cambiarse de ciudad.

A Violeta le costaba hacer amigos y con los novios era demasiado permisiva porque buscaba algo que no encontraba en casa. Les daba todo sin pedir nada y eso la convertía siempre en la facilona de la clase. Un mote que odiaba.

En la universidad las cosas mejoraron. Decidió estudiar Psicología porque era buena analizando a la gente, aunque penosa haciéndolo con ella.

Su forma de ser la acercaba a tíos que solo querían rollos pasajeros y la alejaba de las mujeres porque la veían competencia.

Entonces en un máster encontró a alguien tan rota como ella, tan perdida como ella… Encontró a Delia.

Su amistad era nueva para ella, algo real a lo que aferrarse, y por eso, cuando Delia se marchó de su vida, supo que entre seguir a unos padres que la ignoraban o a una amiga que la entendía, se quedaba con esa fuerte amistad que esperaba que nada rompiera porque Violeta estaba cansada de mendigar amor desde que nació.

Capítulo 1

Violeta

—¡Qué romántico!

Delia ha venido a mi casa, la que antes fue la suya, para contarme la pedida de mano que le hizo ayer Chris en el baile de primavera del orfanato. Delia y Chris se quieren desde hace media vida, pero no ha sido hasta hace dos años que decidieron empezar su historia de amor.

Chris es músico y cantante, y por eso Delia pasa mucho tiempo sola mientras él trabaja.

Son perfectos el uno para el otro y yo los quiero a los dos.

—Ha sido maravilloso. —Mira su precioso anillo.

—Me alegro mucho por ti. ¿Se lo has contado a Ryan?

—Esperaba que estuviera aquí, pero ya veo que pasa fuera otra noche.

—Está conociendo a otra nueva chica… Se cansará de ella pronto, como siempre.

—Pues como tú, que no consigues centrarte en uno solo.

—¿Para qué centrarme en un solo tío cuando existe Tinder? —Sonríe—. Por regla general los tíos saben darse placer, pero no darnos placer a nosotras, y tras mucho buscar, he llegado a esta aplicación. Si me acuesto con uno egoísta pienso: ¿Lo tengo que educar para que sea mejor o pruebo con otro? Al final siempre pruebo con otro. Me cansa ser profesora en la cama.

—¿Y has encontrado alguno bueno?

—No, pero oye, estoy haciendo un estudio sobre el daño que hace el porno en nuestros encuentros de cama. Al menos el porno para hombres. Es más para pasar el rato.

—Me creo lo de tu estudio. ¿Y qué tal en el trabajo?

—Bien, me pagan por ayudar a los trabajadores si tienen un mal día.

Me han contratado en una empresa para estar ahí por si alguno de sus trabajadores llega con ansiedad o con depresión para levantarles el ánimo y ayudarles. Por consiguiente, me conozco todos los chismes de la empresa porque no vienen a contarme que están mal, sino que vienen siempre a quejarse de alguien y así evitar lanzar su

furia sobre esa persona en público.

Me llamo a mí misma el saco de boxeo, pero, por suerte, nadie me golpea físicamente. Nadie quiere que le diga qué pienso o mi opinión para solucionar el problema.

—Me alegro. ¿Quieres salir a tomar algo?

—¿Tienes la noche libre?

—Chris se ha marchado para ir a un concierto, pero por suerte en una semana regresará.

—Me alegra mucho que se haya relajado y ahora no tenga que pasar tanto tiempo fuera.

—La verdad es que sí.

—¿Y qué tal es vivir en tu nueva casa?

—Está genial, salvo cuando estoy sola y no has respondido a mi pregunta.

—Me niego a creer que tus hermanos te dejen sola mucho tiempo. Les encanta pasar tiempo contigo en tu casa.

—Sí. ¿Se puede saber por qué no respondes?

—Tengo una cita de Tinder… y mejor que vaya sola.

—Ah…, vale. Es normal.

—Si quieres la cancelo.

—No. Vete. ¿Lo vas a traer aquí?

—No, eso nunca. Mi dormitorio es sagrado y paso de ensuciarlo con un idiota que tal vez ni sepa follar.

—Vale, pues me quedo aquí. Te gorroneo la nevera y me pongo una peli.

—Genial —Le doy un beso a mi pelirroja preferida—, pero ahora ayúdame con la ropa. Quiero estar impresionante.

—Eres impresionante.

—Lo sé.

Me ayuda con la ropa y una vez lista me marcho a donde he quedado con mi cita, en un *pub* no muy lejos de mi piso.

Al llegar hay cola. Me molesta mucho hacer colas. Las considero una pérdida de tiempo. La gente no te devuelve el tiempo perdido. En vez de pagar a los del *pub* por entrar, me deberían pagar ellos a mí por regalarles mi tiempo en esta cola. Un tiempo que no recuperaré nunca…

Siento que me estoy rayando por los nervios.

Siempre me pasa cuando quedo con un tío. Digo que no espero nada, pero en realidad lo quiero todo. Algo que no ha llegado a mis veintisiete años.

Llego a la puerta y busco el carnet, cosa que debería tener ya preparada. Lo saco y se lo tiendo al de la puerta. Me deja pasar tras

pagar la entrada que corresponde a una consumición gratis.

Entro y busco a mi cita.

No tardo en verlo en la barra. Está muy bueno, como ya sabía, pero los filtros le han ayudado a estar mejor. Siempre me pasa. Me hago una idea al ver su foto y luego en persona cambia.

En mi foto salgo en pijama y tomando una copa de vino. Sin maquillar ni nada. Me hice muchas… bueno…, Ryan me ayudó a hacerme muchas y, al final, cansada de que ninguna me gustara, me puse el pijama y me tomé una copa de vino. Me hizo esa foto y me encantó porque estaba relajada y porque pensé que con poco mejoraba en las citas.

Al verme agranda los ojos. Le gusta lo que ve y no quiere ni darme conversación. Vale que sé que estas citas es para encontrar sexo gratis, pero siempre espero una charla, una conquista… Unos besos dulces…

Al final nos vamos hacia su coche. Lo aparca en un callejón y sin más me besa con rudeza; que en menos de tres minutos lo tenga dentro de mí, ya ni me sorprende, y que acabe en menos, tampoco.

Me besa al acabar y dice:

—Ha sido maravilloso.

—Para ti, sí, pero para mí ha sido una mierda. Pero oye, gracias por recordarme una vez más que busco un puto unicornio en un mundo sin magia.

Salgo del vehículo y me marcho sintiéndome sucia. No debería. Yo he buscado esto y tristemente sabía lo que pasaría: se acabaría la magia, la emoción de ver cómo era mi cita y tendría que lidiar con un polvo rápido, y horrible.

Perdí la virginidad con quince años. Llevo doce años lidiando con encuentros sexuales que siempre me dejan vacía y sucia.

Llego a casa.

Delia está viendo una película y al verme agranda los ojos.

—¿Ya?

—Y porque he tardado en llegar a casa. El capullo solo necesitó seis minutos… o menos.

—Lo siento.

—No pasa nada. Es lo mismo de siempre, pero con otro nombre y otra cara.

Me marcho y me doy una ducha de esas que parece que deseas quitarte la piel. Cuando ya no me queda ni rastro del perfume barato de mi cita, me marcho a buscar a Delia.

Me siento a su lado y esta me abraza. Ella siempre sabe lo que necesito. Es más que una amiga. Es la hermana que nunca he tenido.

Cuando Ryan llega, se sienta a nuestro lado y nos quedamos los tres en silencio viendo la tele.

Son mi familia, porque la de verdad, desde que me fui de casa, ya ni se molestan en fingir que se preocupan por mí. Solo preguntan si necesito más dinero en la cuenta.

Capítulo 2

Violeta

Entro en mi nuevo gimnasio. Lo han abierto hace poco. Tiene muy buena pinta, y había una oferta de inauguración. En verdad, no me encanta el deporte, pero me gusta ir al gimnasio para disfrutar de las vistas y a veces hasta se liga.

Ya me he repuesto de mi cita del otro día. Es mejor pasar página, pensar que un día encontraré a alguien que me mire a mí y no me vea solo como un juguete sexual.

Claro que tal vez para eso debería dejar de mirar Tinder y ligar de la manera tradicional… si es que ahora en estos tiempos existe una. De mi trabajo todos los tíos son mayores de cuarenta y alguno hay sexi… pero casado. Y no, los comprometidos están vetados. Ni mirarlos.

De mis amigos, Ryan y yo nos acostamos borrachos y ni me acuerdo si fue bien o no. Él tampoco se acuerda, y lo preferimos así. Somos buenos amigos.

Y sus amigos… son compañeros de trabajo y están todos comprometidos. Así que tampoco puedo usar esa vía de ligoteo.

Es por ello que será mejor que deje para más tarde decidir qué hacer con mi vida y me centre en admirar las vistas.

Salgo del vestuario con unas mallas rosas fosforito y una camiseta de tirantes amarilla también fosforita. Me gusta que se me vea bien, pero además me encanta el color. Llenar mi vida de alegría.

Voy a la zona de pesas bailando con la música que hay puesta. El sitio está muy chulo y limpio; lo que le gustaría a Delia.

Me fijo en varios culturistas.

Hay uno de espaldas con un culo impresionante que hace que me detenga, hasta que me doy cuenta de que estoy admirando su culo con demasiado descaro y me pongo a hacer ejercicio.

Se levanta y su espalda es amplia y maravillosa. Hay muchos igual de guapos, pero este chico moreno me atrae como ningún otro.

Estoy deseando que se dé la vuelta, para confirmar si es o no un chico gamba, de esos que tienen una cara difícil de mirar.

Se gira y de la impresión se me cae la pesa en el pie.

Grito de dolor.

—¿Violeta? —dice Arnol acercándose.

Arnol era el guardaespaldas de Chris hace unos años, y por eso lo conozco. Claro que es tan profesional que por mucho que pasé infinidad de veces por su lado, nunca me hizo caso.

Desde hace tiempo dejó su trabajo y va por libre.

Se acerca y trato de mover el pie, pero me duele.

—Me he roto el pie. Me voy a quedar coja…

—Coja no sé, pero con esa ropa a más de uno lo dejas ciego —me indica para animarme.

Luego me alza entre sus brazos con una facilidad que me sorprende. No tengo un cuerpo esquelético. Poseo unas preciosas curvas gracias a que paso de controlar lo que como.

No me voy a quejar.

Miro a Arnol de cerca. Lleva el pelo moreno revuelto. Sus ojos marrones son más increíbles de cerca, ya que me fijo en las motas doradas que hay en ellos. Son más claros de lo que esperaba. Y su cara… su cara es perfecta. Este hombre ha sido muchas veces el dueño de mis fantasías sexuales.

Hace casi tres años que no lo veo y está mucho más guapo de lo que recordaba y mucho más bueno.

Entramos en una pequeña sala de enfermería. Me deja en una camilla y me quita la zapatilla para ver si tengo algo roto. Pienso que se mueve como Pedro por su casa, pero ahora mismo estoy tan sorprendida, que no trato de buscarle una explicación a su forma de actuar. Lo acabaré descubriendo.

—¿Sabes de medicina? —pregunto al ver cómo me toca. Se nota que sabe lo que hace.

—Hice un curso de enfermería hace años.

—Ahh… sí… olvidaba que eres un viejo. —Alza una ceja sorprendido al escucharme. Por lo que recuerdo, actualmente tiene treinta y tres años.

—Si tú lo dices. —Me mira con una medio sonrisa—. No tienes nada roto, pero te va a salir un moratón. Por suerte tus pesas eran de un kilo cada una.

—Soy una chica lista. —Me mira sin decir nada mientras busca una venda—. No sabía que habías vuelto.

—Sí, he venido hace poco para trabajar con mi amigo en el gimnasio.

—¿Ya no quieres proteger a nadie?

Me empieza a vendar el pie sin mirarme.

—Me he cansado de dar mi vida por otros.

—Pero Chris es tu amigo.

—Sí, pero necesito una vida donde no implique que me puedan meter un tiro.

—La verdad es que sería una lástima… —me observa—, porque es triste que la gente muera.

Alza la ceja.

—Entonces, ¿te gusta el deporte? Hace años no tenías mucho fondo físico.

—En verdad, no me gusta mucho, pero me encantan las vistas. —Sonríe por mi espontaneidad—. Las tuyas incluidas.

—Mirar es gratis. Esto ya está. Trata de caminar.

Me bajo y ando. Me duele un poco, pero es soportable.

—Si llego a ir descalza, hubiera sido peor.

—Sí, la próxima vez mira sin ponerte en peligro.

—Por regla general lo tengo controlado, pero no esperaba encontrarte.

—Es la primera vez que alguien se rompe el pie por mí —dice con tono jocoso—. Es mejor que descanse por hoy.

—No, mejor me siento en la cafetería a disfrutar de las vistas.

—Ten cuidado. No ciegues a nadie con tu ropa.

—Hay que poner color a la vida —le indico y salimos de la enfermería—. Me ha gustado encontrarte. Tu culo sigue siendo el mejor que he visto en mucho tiempo.

Se ríe.

—No has cambiado —me dice antes de irse, y no sé si esto es algo bueno o no.

A la gran mayoría de la gente mi sinceridad la encuentra agresiva. Mejor no pensar así.

Me marcho a la cafetería con una sonrisa en la cara, una que hace mucho no lucía.

Capítulo 3

Arnol

—¿Conoces a esa chica que no para de mirarte? —me pregunta mi amigo, además de socio, mientras me giro y veo a Violeta observándome muy sonriente.

—Sí, es amiga de una amiga de Chris.

—Ah…, pues parece que le gustas.

—Ya sabes que con amigas o amigas de amigas no me lío.

—Ya, pero siempre existen excepciones. Está muy buena.

—Ponte a trabajar o dejaré de tenerte como socio. —Se ríe.

Miro de reojo a Violeta que se está levantando en este momento. No tiene buena cara, por lo que le debe de doler el pie. Por suerte no le ha hecho nada la pesa.

Recoge sus cosas y al mirarme sonríe antes de irse cojeando con su nada llamativo conjunto.

Desde que la conozco es así. La he visto poco, pero no sabe tener un punto intermedio. Todo lo vive con intensidad y fuerza. Arrasa con todo. Y sí, está muy buena. Tiene curvas, un cuerpo de mujer, de alguien que sabe que lo más atractivo de una es quererse y estar a gusto con tu cuerpo. El pelo castaño lo tiene recogido en una coleta y sus ojos castaños se le ven muy grandes sin nada de pelo en el rostro. Son de color chocolate, y al mirarlos te imaginas una taza de ese brebaje caliente. No puedo negar que siempre me he sentido atraído por ella, pero no pienso cruzar la línea porque luego, cuando descubra que no quiero nada más, tendré que soportarla cuando la vea.

Ya he pasado por eso. Por tener que explicar una y otra vez que no quiero nada con nadie, que hace años decidí que no pensaba caer de nuevo en la estupidez del amor.

Desde hace años, a las chicas que me gustan solo les regalo una noche.

Violeta

Entro en el despacho de Delia. Es por la tarde y sigue

trabajando. Cuando no está Chris pasa mucho más tiempo en su trabajo. Como no es la primera vez que vengo, el de seguridad me ha abierto la puerta y por suerte no ha mencionado lo de mi ropa llamativa y mi manera de andar.

—¡No sabes lo que acaba de pasar! —Delia alza la vista del ordenador y se centra en mí.

Esto es algo que siempre me ha gustado de ella. Cuando estás a su lado, lo deja todo por ti. No está en mil cosas que te hacen sentir desplazada.

Me siento ante ella en la mesa.

—¿A que no sabes a quién acabo de ver?

—Tu emoción es debida a Arnol.

Me quedo perpleja.

—¿Sabes lo del gimnasio?

—No, Chris no me ha contado nada, pero solo pones esa cara de felicidad cuando la cosa va de él. ¿Qué tal está?

—Como un tren y sigue teniendo ese culo tan bien puesto…

—Me refería emocionalmente. —Sonríe.

—Lo sé. Se le ve bien. Ahora es dueño de un gimnasio. Al que me he apuntado. Donde lo veré todas las tardes.

—¿Vas a ir todas las tardes a hacer deporte?

—O a tomar café. Su cafetería es muy buena.

Le cuento todo y preocupada me quita la zapatilla para mirar mi pie. Está morado y me obliga a ir al médico. Vamos juntas. No tengo nada roto, pero me va a doler unos días.

Delia se marcha a su casa tras dejarme en la puerta de mi ático.

Ryan ya está en casa y le cuento todo tras ducharme. Cenamos juntos. Parecemos un matrimonio, si no fuera porque no nos atraemos nada.

La verdad es que no recuerdo mucho de nuestra noche juntos. Iba tan borracha y él también que solo recordamos que nos acotamos. Ni me acuerdo si estuvo bien o mal. Sin ir borracha nunca nos hubiéramos acostado la verdad, pero, por suerte, eso no destrozó nuestra amistad. No me gustaría perderlo. Lo quiero como a un hermano.

Vemos la tele y nos enseñamos las personas que vemos en Tinder.

—Esa no me gusta —le digo cuando me enseña a mujer.

—¿Por?

—Porque su cara está así por un filtro.

—Tienes razón.

Sigo mirando fotos y a algunos le doy un me gusta.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Lo harás aunque te diga que no. —Sonrío porque es cierto —. Vamos, dispara.

—Cuando quedas con una chica, ¿vas a saco?

—No, me gusta hablar con ella antes, conocerla un poco y saber de sus gustos y si surge, pues nos acostamos y si no, pues le pido otra cita.

—Pues conmigo siempre van a saco.

—¿Y por qué te conformas con eso?

—No lo sé. Creo que espero que, de tanto sapo que he besado, uno acabe siendo un príncipe.

—Antes de que tu príncipe te cuide, tienes que aprender a tratarte a ti misma como a una reina, y eso nunca pasará si te conformas con ser solo el desahogo de alguien a quien no le importas lo suficiente como para darte más tiempo de su vida.

—Es cierto.

—Si tú disfrutaras con ello, lo vería bien, pero no eres feliz, Violeta. Es hora de que te preguntes si esto te gusta.

—A ti tampoco parece gustarte. Tus relaciones son muy cortas.

—Puede ser, pero porque creo en el amor y me pasa como a ti, que siempre espero que, tras un primer flechazo, surja la magia.

—¡Qué par de idiotas somos!

Se ríe y apoyo mi cabeza en su hombro, dejando el móvil a un lado. Por hoy no me apetece pensar en nadie más que no sea en Arnol y en su culito perfecto.

Por la noche, en la cama, no puedo dejar de pensar en Arnol. En su sonrisa, en sus músculos… En esa voz tan sensual que hace que mi piel se erice. Cuando quiero darme cuenta, estoy ardiendo por él. Uso mis manos para darme un placer que sé que él nunca me daría.

Siempre me quedarán las fantasías donde nuestra distancia no es tan grande.

Capítulo 4

Violeta

—No entiendo por qué Pepa se molesta porque mire a Nica. —Observo a mi compañero de trabajo mientras despotrica a gusto en mi despacho—. Es preciosa, tiene un culo impresionante y nunca le digo nada. Solo miro. ¿Acaso Pepa no puede entenderlo?

—Pepa es tu mujer y madre de tus tres hijos. Tal vez no le sienta bien que estés babeando por una joven de la edad de tu hija mayor.

—Tú tampoco lo entiendes. No hago nada malo por mirar.

—Existen formas de mirar. No puedes dejar de trabajar para observarla y hacerlo delante de tu mujer… no es de muy buen gusto. Además, te recuerdo que si Nica se siente ofendida, te puede denunciar por acoso.

—¿Por mirar?

—Por babear como si ella fuera un trozo de carne. ¿Qué pasaría si esto se lo hiciera un hombre a tu hija?

—Que le corto los huevos.

—Pues como sigas así, lo mismo un día viene el padre de Nica a servirte los tuyos en bandeja. Si quieres conservar tu puesto, céntrate en tu trabajo.

—Sigues molesta porque te hice lo mismo. Ya te pedí perdón.

—Sí, pero gracias a ti debo venir a trabajar vestida como una monja porque era muy incómodo ver cómo me mirabas las tetas. ¿Tienes algo más que decirme?

—Que sois unas sosas. Yo nunca he hecho nada.

—Hay momentos para todo. ¿Algo más?

—No.

Se marcha y me da por pensar si yo miraré a los chicos de forma tan salida. En realidad, lo hago con disimulo, pero no dejo de sentirme mal.

Al rato entra Pepa a despotricar de su marido.

—¿Qué te ha contado el idiota de mi esposo?

—No te lo puedo contar.

—Te juro que lo soporto porque divorciarse me puede salir

más caro, porque estoy harta de ver cómo babea por todo culo viviente.

—¿Has pensado que tal vez sea su forma de pedirte sexo?

—¿A mí? Para eso ya le compré un juguete sexual. Que lo use.

—No es lo mismo, y le he visto cómo nos mira a todas… pero también cómo te observa a ti. Hay deseo en su mirada. Tal vez si os acostarais, no dejaría de picarte mirando a otras.

—¿Me mira con deseo? —Se pone coqueta.

—Sí, lo he visto.

—Puede que baje la guardia. Pero solo puede, ¿eh?

Se marcha y sé que la bajará del todo. Son un par de cabezones y sí, su marido es un idiota, pero la desea. Lo he visto muchas veces.

El resto de la semana es igual y cuando llega el viernes estoy aburrida. Como me duele menos el pie, decido hacer planes.

Ryan ha quedado con una «amiga» y Delia se ha marchado a un fin de semana en familia.

Al final me paso por Tinder.

Veo a un chico que es mono y que le he gustado.

Decido darle también a me gusta. Hablamos un poco y quedamos en un *pub* cerca.

Me pongo guapa y antes de salir dudo. En verdad, no sé si me apetece esto.

Al llegar busco al chico. Está en la barra. Es guapo, muy sexi y tiene cara de buena gente. Lo saludo y me siento a su lado para pedir algo.

—¿Nos vamos? —me pregunta sin más.

—Preferiría tomarme algo y charlar un poco.

—¿En serio?

Su forma de decirlo me hace preguntarme por qué tengo que soportar tantos capullos si luego me dejan insatisfecha. Algo ha cambiado en mí desde la llegada de Arnol o tras la charla con Ryan del otro día.

Una vez más me siento que mendigo amor.

—Sí, podemos conocernos más.

Se ríe.

—Bonita, yo te he escrito para follar. No para hablar. —Me recorre un escalofrío y se acerca—. ¿Me vas a hacer perder el tiempo?

—No. Puedes irte, pero solo. Yo paso de marcharme contigo. —Me coge con fuerza del hombro y trato de soltarme—. ¡Suéltame!

Me agobio hasta que alguien lo aparta como si no pesara nada.

Me fijo en que es Arnol, y que no sé de dónde ha salido. Lo mira de forma amenazadora.

—Te ha dicho que te marches.

—Tú no te metas.

—Tú no la toques si no quieres acabar muy mal —le suelta Arnol, y el capullo nos mira con rabia para marcharse a continuación —. Me he quedado con ganas de partirle la cara —bromea Arnol—. ¿Estás bien?

—No lo sé —respondo—. Ahora mismo me siento avergonzada por todo esto.

—Te invito a una copa.

—No hace falta que pierdas tu tiempo conmigo.

—Tienes que estar muy mal. En otras circunstancias me hubieras tirado los trastos —bromea y sé que es cierto.

—Ya… Vale… Acepto la invitación.

Arnol pide un par de copas y las coge para llevarlas a una mesa tranquila cerca de la cristalera.

—¿Qué tal va tu pie?

—Pues hoy bien. Fui al médico y no tenía nada roto, como me dijiste, pero me dolía y por eso no he ido al gimnasio. ¿Me has echado de menos? —lo pico.

—He echado de menos no quedarme ciego con tu ropa —bromea y me río—. ¿Qué ha pasado con tu cita?

—Era una cita por Tinder… ¿Lo conoces?

—Sí, alguna vez lo he usado, pero no me gusta esa frialdad.

—¿Y cómo ligas?

—Entro al *pub*, me siento a tomar una copa y espero a que ocurran las miradas seductoras con alguien.

—¿Estabas aquí para eso?

—Sí.

—Y cuando se acerca o te acercas. ¿qué pasa?

—¿Es importante para ti esa pregunta? —Da un trago a su copa.

—Sí.

—Pues hablamos, nos acariciamos de forma casual… Me gusta el juego de la conquista. Imaginar cómo será el encuentro… No me gusta ir a saco. Solo si conozco un poco a la mujer, sé qué clase de placer darle.

Su forma de decirlo me pone caliente y tomo un trago de mi copa. Este hombre me funde los sentidos.

—Bien. ¿Y luego si te gusta, pasas a conocerla?

—No, solo quiero una noche con ellas.

—¿Solo una noche?

—¿Tú buscas más?

—Pues te diría que no, pero lo triste es que siempre espero algo más. Magia… Pero sé lo que hay y no insisto.

Arnol me mira con sus sagaces ojos oscuros. Va vestido con una camisa azul arremangada en los antebrazos que le queda como un guante y lleva unos vaqueros oscuros. Me cuesta no mirarlo sin devorarlo con la mirada.

—¿Y qué ha pasado con este hombre?

—La verdad es que no tenía muchas ganas de esta cita y otras veces su frialdad la hubiera pasado por alto, pero tras mi último encuentro, esperaba algo más.

—¿Van siempre a saco?

—Sí y ellos disfrutan. Yo me quedo pensando si no salgo ganando sola con mi vibrador.

Arnol sonríe.

—Seguramente sí, si son como este último.

—Pues sí, o peores… —Me termino la copa—. ¿Te apetece otra?

—Vale. —Se acaba él también la suya.

Me marcho a pedir lo mismo y regreso con ellas. Me siento frente a Arnol de nuevo y le tiendo su bebida.

—¿Y no te molesta que te estropee la conquista de esta noche? O también puedo ser esa conquista.

—No me acuesto con amigas de amigos.

—Siempre hay excepciones, y lo mismo lo haces como la media y así dejo de pensar en ti.

—¿Piensas en mí? —Asiento—. ¿Cuándo?

—¿A todas horas? Si tuviera que descubrir a mi hombre ideal, serías tú.

—Tan directa como siempre.

—Intento ser de otra forma, pero no me sale.

—Me gusta cómo eres.

Sonrío.

—Entonces podría ser tu excepción.

—No me gusta lidiar con la gente tras esperar algo más de mí.

—Yo tristemente espero todo de la gente, pero sé que la gran mayoría de las veces, no recibiré nada. Así que puedo lidiar con ello y no pienso insistir.

Da un trago sin dejar de mirarme.

—¿Y piensas que será como con todos? ¿No has tenido parejas?

—Sí… pero solo querían sexo fácil. Era la facilona del instituto. —Me remuevo inquieta.

—Yo perdí la virginidad a los catorce. Me gusta el sexo y disfruto de él. Nunca nadie me ha llamado facilón. No deberías dejar que nadie te lo llamara nunca.

—Ya, pero soy mujer. Un hombre que tiene muchos ligues es sexi; que una mujer lo tenga, parece que es una cualquiera.

—No creo que seas una cualquiera. Eres inteligente, amiga de tus amigos y te gusta la sinceridad. Sabes lo que quieres y lo persigues. Eso te convierte en alguien con las cosas claras, no en una cualquiera.

—Me sorprende que sepas tanto de mí. Entonces te gusto.

—No vayas por ahí. —Me levanto y me siento a su lado—. Violeta… —me avisa y lo ignoro.

—Solo estamos hablando… A menos que te ponga nervioso. —Me mira de reojo y sonríe antes de tomar un trago de su copa—. Si fuera una extraña en este bar, ¿te fijarías en mí?

Arnol se gira y me mira con intensidad a los ojos antes de recorrer mi cuerpo. Llevo un vestido rojo ajustado, de mis preferidos por la forma en la que realza mis curvas. El labial lo llevo a juego y los zapatos de tacón alto son negros.

Regresa a mis ojos. Su mirada me pone muy, muy nerviosa.

—Por supuesto —me da un vuelco el corazón—, pero eso no cambia que no somos extraños.

—En realidad, sí. Apenas sé cosas de ti.

—En un encuentro casual no se profundiza mucho en los temas.

—¿Y qué sueles preguntar?

—Tus gustos.

—¿Sexuales?

Se ríe.

—No soy tan directo.

—Soy un poco vulgar…

—Violeta —lo miro—, no lo eres. Y si no te das valor, nadie te lo dará. Ahora dime qué te gusta.

—Sexualmente me conformaría con que se acordaran de que una mujer no solo siente placer con la penetración y el sexo dejará de ser egoísta. Y no sexualmente, me gusta estar con mis amigos. Ver series hasta las tantas y leer en la cama. También me encanta la lluvia y el frío. Un buen chocolate con churros… ¿Te estoy contando demasiadas cosas?

—No, me gusta saberlas. A mí también me gusta el frío, pero

odio el viento frío en la cara. Y sexualmente… —Mira mis labios—. Me encanta descubrir los puntos erógenos de mi pareja. El gemido cambia cuando los acaricio y el orgasmo es más intenso si los has mimado bien.

Trago con dificultar. De repente tengo mucho calor y si cierro los ojos me imagino a Arnol sobre mi cuerpo lamiendo y besando cada parte de mí para encontrar el lugar donde sienta más placer.

—Tengo calor… ¿Tú también?

Sonríe.

—No.

—Eso es que te pongo poco cachondo.

Se ríe.

—Me pones mucho, Violeta.

—¿De verdad? —Me acerco un poco a él. Está tragando tranquilo su copa—. ¿Te gustaría que buscara con mi boca todos tus puntos erógenos?

Casi se atraganta y me río, regresando a mi sitio.

—Juegas con fuego, Violeta.

—Esta noche solo somos un par de extraños y mañana olvidamos lo que pueda pasar. ¿Vale?

—No.

—Bueno, la noche es larga y has admitido que te pongo… No pierdo la esperanza de que acabemos en una cama y a poder ser si ropa.

Sonrío y doy un trago a mi copa. La noche mejora por momentos. Sé que solo existe una posibilidad de que nos acostemos. Tal vez no tenga otra oportunidad para conseguirlo. Toca jugar con todas mis cartas.

Capítulo 5

Arnol

Estoy jugando con fuego.

Desde que vi entrar a Violeta con ese impresionante vestido rojo supe que esta noche nadie me atraería como ella.

Luego la vi acercarse a ese idiota que ni la miró. Ni siquiera le regaló una dulce sonrisa. Solo quería un polvo rápido sin importarle con quién. Algo que dejó claro.

Creo en los rollos de una noche, pero no en la gente que no da a cada persona su sitio y un momento de ser, más allá de unos minutos de sexo.

Violeta me mira mientras bebe. Sus labios ya de por sí grandes y jugosos, están decorados con ese pintalabios que no hace sino que aumente mi deseo de perderme en ellos.

No sé si seré capaz de pasar de ella esta noche.

Toda regla tiene una excepción y ella es la mía.

Se acaba la copa. Termino la mía y voy a por otras dos.

Mientras me las preparan, la observo por el espejo que hay tras la barra. Su mirada ha cambiado desde que me he ido. Parece decaída.

Ha querido ocultar el desprecio de ese hombre, pero se nota que la ha afectado. Con lo preciosa que es e inteligente, no sé por qué mendiga amor. Puede tener a quien quiera… menos a mí. Al menos no más de una noche.

Me sirven las copas. Las pago y las cojo para llevarlas a la mesa.

—Si acepara este juego nuestro sería solo con una condición —sus ojos brillan y me empiezo a arrepentir de esto hasta que recuerdo cómo la deseo—: tras demostrarte lo que puedes encontrar en una cama, no te debes conformar con menos. Tú puedes conseguirlo todo.

—Estás muy seguro de que vas a ser bueno en la cama.

—Sé que soy bueno en la cama.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Preguntas o les pides que te pongan nota?

—Se percibe sin preguntar, Violeta. Por el brillo de los ojos, la sonrisa al acabar o al notar los latigazos de placer en mi sexo. —Se sonroja—. Pero muchos prefieren hacerse los tontos.

—¿Y dónde aprendiste?

—Invitando. ¿Tú donde aprendiste a dar placer a un hombre?

—Eso es fácil. Te abres de piernas tres minutos, dejas que te soben las tetas como si hicieran pan, y listo. Ya está.

Me río sin poder evitarlo.

—Dicho así quitas todo el morbo al sexo.

—La verdad es que sí. Mi vida sexual ha sido una mierda.

—Pero esta noche cambiará, aunque recuerda, y es importante que no lo olvides…

—Lo sé. Solo una noche.

—¿Ves como eres una chica lista? Ahora que empiece el juego.

Noto como su mirada se agranda y como la piel se le eriza. Es muy receptiva, y eso me encanta.

Me acerco a su cuello y aspiro su perfume. Huele como a algodón dulce. Tiembla por si la beso y, aunque deseo hacerlo, ahora no.

—Yo también sé jugar a esto. —Se acerca y noto su aliento en mi cuello. Ahora soy yo el que desea que me bese, pero no lo hace.

—Ha estado bien.

—Claro. —Agarra el limón de su bebida y se lo lleva a la boca. Lo chupa. Lo lame… Joder, pensé que yo sería quien llevara las riendas del juego, pero ella me está desmarcando por segundos—. Delicioso.

—¿Te gusta el limón? —le pregunto.

—¿La verdad? —Asiento—. ¡Está asqueroso! ¡Casi vomito! —Me río—. Quería ser sexi y casi la pifio.

—Ha sido sexi y ahora tremendamente tú. Tengo el remedio perfecto para aliviar tu amargor. —Doy un trago a mi copa y con el líquido aún presente en mi boca la beso.

Violeta

Su boca es mejor de lo que he imaginado la infinidad de veces que la he recorrido con mis ojos.

Me pierdo en su sabor mezclado con el ácido del limón de mi boca y el licor de su bebida. Gimo en su boca cuando su lengua me acaricia levemente antes de apartarse.

—Como aperitivo no ha estado mal —me dice.

—Ajá… Digo, sí. ¡Joder! Me has fundido los sesos. Solo podía pensar en tu boca… —Lo miro y sé que se está divirtiendo conmigo, pero no sé si eso es bueno—. Si me lo propongo puedo dejar de lado decir lo que pienso.

—He tenido muchos encuentros sexuales donde las personas con las que he compartido placeres han dejado de lado quienes eran. Me gusta el toque que le da tu naturalidad a la noche.

Respiro relajada y me doy cuenta de que ligando soy lo peor. Nunca he tenido que esforzarme. Mis ligues querían alivio rápido y no tenía que fingir algo que no era. Con Arnol todo es diferente porque sabe cómo soy. Me conoce y me olvido de ser algo que no sea yo misma a su lado y eso no siempre es bueno.

Delia, cuando me conoció, tenía miedo de que su sinceridad y forma de ser me apartaran de su lado. Le costó darse cuenta de que las dos éramos más parecidas de lo que pensaba.

—Pues conmigo no te vas a aburrir.

—Eso veo —se acaba su copa y se me acerca—, pero hoy no estamos aquí para ser amigos.

Me besa esta vez sin guardarse nada dentro. Su boca me hace olvidarme hasta de mi nombre. Solo puedo pensar en él. En sus manos entre mi pelo. En su cuerpo cada vez más cerca del mío.

Nunca un beso me ha hecho sentir tanto.

No necesito dos noches para saber que podría pasarme la vida perdida entre sus brazos.

Capítulo 6

Violeta

Salimos del *pub* después de un sinfín de besos calientes.

Arnol dice de ir a su casa en su coche.

—¿Tu casa es tu picadero? —le pregunto ya en su automóvil y se ríe.

—Me gusta no tener que salir corriendo cuando todo acaba. Prefiero estar en casa.

—Yo no subo con nadie a casa.

—En parte mejor. No sabes a quién estás metiendo en ella y puede ser peligroso.

—Y para ti, ¿no? Ah… claro, que eres invencible.

—No, pero mi casa es de paso. Las cosas personales y privadas las tengo en una caja fuerte. Si quieren algo de valor que puedan coger, pesa demasiado, como la tele o los electrodomésticos.

—Bien pensado, aunque te pueden robar el reloj. No es de los baratos.

—No, no lo es. Buen ojo.

—Mi padre… Bueno…, a él le gustan las cosas caras.

Pensar en mi padre siempre me enfada, y por eso desecho esos pensamientos y me centro en Arnol; en la noche que tenemos por delante.

Hablamos un poco más mientras llegamos a su casa. Me acaricia de manera sutil cuando hace el cambio de marchas. Algo que me encanta y excita sabiendo que pronto sus manos estarán por todo mi cuerpo como ha prometido.

Si es que lo cumple.

Una parte de mí teme que sea como tantos otros que no paraban de hablar de lo buenos que eran en la cama para picar mi curiosidad y luego todo se quedaba en eso: en palabras que se lleva el viento por la falta de peso.

Detiene el coche en el garaje de su edificio. Vamos hacia el ascensor y en cuanto se cierra la puerta, su boca busca la mía de forma desesperada.

Su beso me pilla por sorpresa porque entre sus brazos me

convierto en cera líquida. Pongo las manos en su cuello. Me alza hasta que mi espalda choca contra la pared y mis piernas se enredan en su cintura haciendo a mi sexo testigo por primera vez de su dureza.

La puerta se abre y me saca fuera en brazos como si no pesara nada.

Va hacia la puerta de su casa y la abre. Solo cuando estamos dentro y con la puerta cerrada, me deja en el suelo. Lo hace para ayudarme a quitarme la chaqueta y dejar mis cosas en la entrada.

Hace lo mismo con las suyas y coge mi mano para que recorramos juntos la casa. No me da tiempo a verla porque está oscura y porque solo puedo verlo a él. Al igual que sentirlo.

Llegamos a su cuarto y enciende una tenue luz.

—Si quieres parar, solo dilo. Nunca te forzaría a nada.

—Lo mismo digo —respondo.

Tener libertad para irme me da más seguridad en todo esto, porque me deja ser libre del placer sin la obligación de tener que estar sí o sí. Dudo que no me guste, pero es agradable sentir que el control es mío.

Una vez estamos en su dormitorio su boca busca la mía de nuevo mientras sus manos están por todas partes de mi cuerpo. Hago lo mismo y disfruto acariciando su duro torso.

Me deleito con este escrutinio maravilloso mientras él me quita la ropa como si yo fuera un regalo. Su mimo y su cuidado me encantan. Parece como si de verdad me deseara a mí y no a una noche loca con una mujer cualquiera.

Vamos a la cama cuando solo llevamos la ropa interior y entonces cumple su promesa de buscar cada punto erógeno de mi cuerpo.

Su boca, sus manos y su lengua hacen estragos por mi cuerpo evitando las partes obvias de placer. Descubro puntos erógenos que ignoraba que poseía.

Me encuentro jadeante mientras meto mis manos en su morena cabeza.

Dios, estoy ya a punto y acabamos de empezar prácticamente.

Tira de mi sujetador y me deja desnuda de cintura para arriba. Sus ojos oscuros recorren los contornos de mi cuerpo. Su mirada hace estragos en mí. Me hace sentir hermosa.

Acaricia con cuidado un pecho y luego el otro. Su manera de tocarme me excita como nunca.

Baja su cabeza hasta mis senos y veo como saca la punta de la lengua para recorrer su contorno antes de meterse uno de los pezones en la boca.

Me retuerzo en la cama. Tiro de su pelo. Gimo. Grito cuando el placer es inmenso.

Entonces su mano busca mi sexo y se pierde entre mis húmedos pliegues. Noto como juega con mi humedad. Si sigue así creo que me correré sin más.

—Para —le digo y se alza con una medio sonrisa—. La primera vez que tenga un orgasmo contigo te quiero dentro de mí.

—Eso está hecho, preciosa. —Me besa en la boca antes de apartarse para ir a buscar un condón en su mesita de noche.

Observo cómo se lo pone y me quedo maravillada con su cuerpo. No tiene un gramo de grasa. Es perfecto y por unos instantes es todo mío.

Tira de mi ropa interior y me deja totalmente desnuda antes de cernirse sobre mí para colarse entre mis piernas. Me pierdo en sus ojos castaños antes de besarlo. Sus labios son adictivos, al igual que su sabor.

Noto como su sexo se adentra poco a poco en mí. Espero el dolor que casi siempre siento o esa incomodidad que me hace preguntarme si mi cuerpo no está hecho para recibir a otros, pero no siento nada de eso. Solo un placer que me desarma una vez más y que hace que disfrute de cada instante.

Se adentra del todo y se queda quieto dejando que mi cuerpo se amolde a su invasión.

Entonces se mueve. Primero lento para torturarme, y luego rápido.

Nos movemos juntos sin dejar de besarnos y tocarnos. Mis manos están en su espalda y cuando el placer me puede, noto que sin querer le araño.

Siento el orgasmo anidarse en mi sexo. Lo hago hasta que estalla, y me recorre el cuerpo entero.

No hay parte de mi ser que no sea testigo de esta explosión de placer.

Arnol me sigue y cuando acaba, se queda quieto.

Mi felicidad se evapora. Tras el sexo muchas veces llega la incomodidad de no saber cómo decir adiós.

—Creo que debo marcharme.

Arnol me mira con una ceja alzada.

—¿Porque quieres o porque crees que es lo que deseo yo?

—Por lo segundo.

—Te dije una noche y sigue siendo de noche.

—Eso es cierto.

Sale de la cama y me tiende una mano.

—Vamos a la ducha. Aún quedan muchas cosas que explorar juntos.

—Me encanta ese plan.

Vamos hacia la ducha. Nos enjabonamos el uno al otro y, aunque parecía imposible tras nuestro último encuentro, mi deseo regresa y quiero más.

Acabamos haciéndolo de nuevo en el baño sin poder llegar a la cama.

Cuando me meto en la cama estoy agotada. No puedo moverme. He tenido dos orgasmos en una noche. Sola sí lo he conseguido alguna vez, pero es la primera vez que es un orgasmo compartido.

Arnol me abraza por detrás y pongo mis manos sobre las suyas. Me duermo notando su respiración en mi cuello y su cuerpo abrazado al mío.

La sensación me abruma. Estaba preparada para sentir placer, no para sentir este sentimiento que se escapa de mi entendimiento.

Desde que vi a Arnol supe que él era especial para mí. Ahora ya no tengo dudas de que él es uno entre un millón para mí.

Esta noche me ha cambiado. En muchos sentidos, y mientras me duermo siento la tristeza apoderarse de mi pecho por todas las veces que me conformé con las migajas, cuando en verdad deseaba hallar esto.

Capítulo 7

Arnol

Estoy acabando de preparar el desayuno cuando escucho a Violeta salir de la cama y vestirse.

Esta noche ha sido especial. Acostarme con ella ha sido diferente. Me atraía y sabía que sería distinto porque hace mucho tiempo que no me voy a la cama con alguien que no conozco de solo una noche.

De ella sé más cosas de las que desearía para hacer esto más impersonal.

Por norma general les digo que se marchen tras acabar, pero con ella me vi incapaz. Dormir abrazado a ella ha sido un placer del que llevo muchos años privándome.

—Huele de maravilla… y buenos días. —Se ha puesto ropa cómoda mía.

No lleva maquillaje ni nada que realce su belleza y sin embargo la encuentro más hermosa que nadie.

—Buenos días. —Coloco en su plato huevos recién hechos y me siento a su lado en la isla de la cocina.

—Viendo la casa de día entiendo por qué no temes que alguien te robe. Es fría —me dice—, aunque bonita.

—No llevo mucho tiempo viviendo en ella y sabes que, por mi trabajo, antes viajaba mucho. No he tenido tiempo de crear un hogar aquí.

—Es comprensible. ¿Por qué dejaste de trabajar para Chris? Ahora que ya ha pasado la noche somos solo amigos, ¿no?

La miro morder la tostada. Sus labios me tientan, su cuerpo me llama, el problema es que acostarme otra vez con ella lo complicaría todo y hace años aprendí por las malas que no quiero volver a pasar por esa loca idea de amar.

—Mi madre es diabética, y hace años tuvo una subida gorda de azúcar. Desde entonces no he estado a gusto lejos de casa. Viven a una hora de aquí. Si le pasa algo, puedo presentarme en su casa con rapidez.

—Sabía que te habías marchado hace tiempo por algún tema

familiar, pero no sabía exactamente qué era. ¿Y no has buscado trabajo más cerca?

—Sí, pero no me salía nada. Viven en un pueblo en la montaña con pocos habitantes.

—¿Y no es peligroso para la enfermedad de tu madre?

—Eso les digo yo, pero mi madre dice que no piensa irse de su casa. Es muy cabezota. —Sonrío al recordarla—. Hay un dispensario médico y la tienen muy controlada. Es de un primo mío.

—Tiene que ser bonito tener tanta familia y por lo que parece buenos.

—¿No tienes familia?

—Sí, dos padres que no se hablan con sus padres ni con sus hermanos. Siempre hemos vivido de un lado a otro y apenas conozco a mi familia. —Se nota que este tema la inquieta—. Acabo de desayunar y me marcho.

—No hay prisa, Violeta.

Asiente distraída. No tiene buena cara.

—Ahora me toca cumplir tu promesa. Creo que has jodido el resto de mis encuentros sexuales. —Me río por como lo dice—. ¡No te rías! Ahora siempre los compararé contigo y… Dios, ha sido increíble, pero eso ya lo sabías.

—Me alegra que dejes de conformarte. Como amigo tuyo, que he pasado a ser, espero que te valores más. Haz las cosas porque las deseas, no para esperar algo que de existir llegaría antes.

—Eso es cierto. A ti te deseo desde que te vi —admite—, pero ahora ya está todo olvidado. No te preocupes. No seré la pesada que te recuerde por qué no te acuestas con gente conocida.

Asiento, pero no sé muy bien cómo voy a llevar esto. Me está costando mucho centrarme en el desayuno y no en ella, en las cosas que quiero hacerle.

Una noche no ha sido suficiente, pero es lo que hay.

Me ofrezco a llevarla a su casa y acepta.

Me cambio y de camino a su casa no hablamos mucho. No sé qué decir ahora mismo la verdad. Intento hacerme a la idea de que esto se acaba y solo seremos amigos.

Detengo el vehículo donde me indica que vive.

—Gracias por todo. Ha sido increíble y sé que yo tenía poco que enseñarte, pero espero que hayas disfrutado.

—Lo importante era que disfrutaras tú, Violeta, pero si te sirve de algo, ha estado muy bien.

Sonríe.

—Nos vemos en el gimnasio —me dice antes de salir.

La veo marcharse con mi ropa puesta y sus tacones. Ha hecho sexi la ropa de deporte. Aprieto las manos en el volante y me pregunto si dejarme llevar, habría sido un gran error.

Capítulo 8

Violeta

Llegamos a casa de Delia. Ryan quería que le contara todo, pero así lo hago de una.

Al entrar, Delia nos hace pasar al saloncito. Las fotos de ella con Chris y con su familia inundan la sala.

Ya ha roto todo contacto con su familia de sangre. No quiere saber nada y, aunque le ha costado, ha aprendido a dejarlos ir y vivir su vida sin que la sangre tire más.

Aunque su padre quitara la bomba eso no borra que la golpeó y la puso en esa tesitura aun sabiendo que podría acabar en la cárcel.

No se merecen que pensemos más en ellos. Ahora están todos en prisión, de donde espero tarden mucho en salir.

Delia ha preparado algo para picar.

—¿Cómo es eso de que has pasado la noche con Arnol? —me pregunta mi amiga curiosa y yo no necesito más para contarles todo o al menos lo que se puede contar—. ¿Y ahora tan amigos?

—Sí, eso no sé cómo lo llevaré. Me ha encantando pasar la noche con él y si antes me gustaba, ahora me chifla. Es perfecto —les reconozco—, pero no voy a romper mi promesa.

Busco el móvil y me borro de Tinder.

—Hace tiempo que debiste dejar eso —me dice Delia—. Nunca te mereció nadie de ahí, y sé que hay gente buena —mira a Ryan—, pero no has tenido la suerte de dar con ellos.

—Ya, creo que soy patética por mendigar amor —confieso—. Anoche, cuando Arnol me abrazó, sentí algo latir muy fuerte en mi pecho. Siempre he deseado algo así y como no llegaba a ello, me conformaba con caricias robadas… He sido una idiota.

—Al menos te has dado cuenta de que tú vales mucho y no mereces personas que no te valoren —señala Delia.

—Y menos si no te hacen disfrutar como anoche —apunta Ryan.

—¿Y te va a ser fácil la relación con Arnol ahora? —me pregunta Delia.

—No lo creo, pero no me arrepiento. Si esto es todo lo que puedo tener de él, me alegra haber aceptado.

Nos quedamos a comer con Delia y en el postre se me ocurre algo.

—Tenemos que hacer una fiesta de despedida.

—Me caso dentro de un año —apunta.

—Una fiesta de pre-despedida y luego en un año la despedida oficial.

—No necesito tantas fiestas.

—Anda, no digas que no. Mientras estoy entretenida en hacerte algo espacial no pienso en mi adonis de culo prieto.

Se ríe.

—Vale, pero recuerda que en dos semanas me marcho de viaje con Chris.

—Lo tendré en cuenta. ¡Va a ser genial!

Nos ponemos a mirar cosas antes de ver una película en su salón.

Ya sola en mi dormitorio, tras un día increíble con mis amigos, me veo extrañando a Arnol. Algo ilógico para el poco tiempo que hemos pasado juntos.

Tomo aire y me hago la fuerte para recordar que no hay nada ni lo habrá entre los dos, pero, aunque lo sé, para dormir me pongo la sudadera que me prestó y me arrepiento de no haberme despedido de él con un beso más.

En el trabajo las tonterías de mis compañeros se hacen eternas. Este trabajo no me gusta, pero tengo facturas que pagar y paso de pedir dinero a mis padres. Hace muchos años que me independicé y desde entonces no les he pedido nada.

La gente trabaja donde puede, no donde quiere la gran mayoría de las veces.

—¿No viene mi marido ahora en plan macho *man*? —Pepa se queja porque ahora le hace caso—. Me acosté con él dos veces, y espero que me deje en paz para el resto el mes.

—Acostarse con alguien no es una obligación. Si no te gusta tu marido o no te quieres acostar con él, tal vez deberías dejarlo ir.

—¿Y qué va a hacer ese idiota sin mí?

—La pregunta es si tú podrías vivir sin él o si solo estás a su lado para hacer una obra de caridad.

—¡Tú no metas en mi vida!

Se marcha y cierro los ojos mientras me masajeo las sienes. En realidad nadie quiere consejos, solo quieren venir a que les dé la razón para volver a su vida.

Al acabar estoy agotada mentalmente y me pregunto si ir al gimnasio sería lo que necesito. Decido que sí, pero me meto derecha en la sauna sin ganas de hacer nada salvo deshidratarme dentro de ella sola.

Siento que me falta el aire tras un rato de estar dentro.

La puerta se abre y aparece Arnol que me mira enfadado.

Noto mi corazón acelerarse.

Me tiende la mano y se la cojo. Sus dedos acarician los míos y me recuerdan lo que fue sentirlos por todo mi cuerpo. Me suelta cuando salimos del pequeño espacio y me da agua mientras me examina con la mirada.

—¿Acaso quieres matarte? —Me pregunta enfadado—. No se puede estar ahí dentro más de quince minutos. Hay un gran cartel en la puerta que lo dice.

—Lo siento, pero no lo he leído. Soy de las que pasa de las señales o de las que quiere contradecirlas si las lee. Lo siento. He tenido un día de mierda.

—Si lo quieres hablar, salgo a las ocho y podemos ir a tomar unas cervezas.

Miro el reloj y compruebo que queda una hora.

—Bien, voy a hidratarme y a descansar que he hecho mucho ejercicio por hoy.

Sonríe y me pierdo en sus labios, en los que me gustaría besar. No lo hago y le doy un puñetazo en el brazo en plan: amigo mío, machote. Seguro que ha quedado ridículo, pero era eso o cometer el error de perder mi mirada en su boca.

Me marcho a la ducha y me doy una refrescante y larga.

Tras ello me voy a la cafetería del gimnasio. Busco a Arnol con la mirada y lo veo ayudando a una mujer con los ejercicios. Le sonríe cuando esta le lanza un cumplido.

Su sonrisa es sincera y tranquila. Nunca la vi así al lado de Chris, porque estaba trabajando, porque se toma su labor en serio y

era la de proteger a su amigo. Aquí, en cambio, puede ser libre porque la vida de otros no depende de él.

Cuando estuvo en el hostal también andaba siempre serio protegiendo a Delia y, cuando no tenía que cuidarla, se perdía en su cuarto solo.

Me gusta conocer este lado tranquilo suyo. Me gusta demasiado.

Cuesta recordar a un corazón que late acelerado lleno de vida que está lanzando el ritmo de sus latidos a la persona equivocada.

Antes de las ocho Arnol se marcha hacia la zona de los trabajadores y a en punto, entra recién duchado a la cafetería y me hace una señal para que lo siga.

No lo miro porque no quiero recordar lo que fue verlo en la ducha lleno de jabón con el agua cayendo por su cincelado cuerpo.

Aspiro y su perfume me recuerda a esa noche. Maldita sea, no soy capaz de cumplir mi promesa.

Entramos en una cervecería que tiene buenas críticas, pero en la que nunca he estado.

Nos pedimos un par de cervezas con algo de picar.

—Y bien… —me dice cuando nos sentamos a una mesa—, ¿por qué casi te matas por el trabajo?

—La verdad es que odio mi trabajo, pero era eso o no trabajar de lo mío. Al final acepté. No podía ser tan malo… pero es peor.

—¿En qué consiste?

—Escucho a los trabajadores para que así trabajen mejor después de contarme lo que les preocupa o inquieta. Pero, en realidad, me usan para despotricar y criticar a los otros, y así no liarla de cara al público. Me sé todos los chismes de la empresa y me cansa, porque nadie quiere consejo o dejar que les aconseje. Solo quiere que cargue con su mierda y me quede callada. Si no fuera porque paso de pedir dinero a mis padres, lo mandaba todo a la mierda.

—Te entiendo. Si no eres feliz en tu trabajo pierdes mucho tiempo de vida.

—¿Por qué me entiendes? ¿Acaso en algún trabajo no eras feliz?

Lo piensa, da un trago a su copa y creo que no me responderá hasta que al final empieza a hablar.

—Mi padre fue guardaespaldas y desde niño me inculcó lo maravilloso que sería seguirlo. Me formé para ello. Mi padre trabajaba para Romeo, el tío de Delia, hasta que se jubiló y a mí me metió con dieciocho años para que aprendiera. Me salió trabajo con Chris y lo dejé todo para cuidar de él en su trabajo. Tuve que dejar todo a un

lado, hasta mi vida, porque de mí se esperaba que solo fuera su guardaespaldas.

»Chris es un buen amigo y, cuando pasó lo de mi madre, me preguntó que si no sería más fácil aceptando que era uno de los mejores guardaespaldas que conocía, pero que no era feliz siéndolo. Le hice caso. Estaba cansado de esconderlo.

—Vaya. ¿Y cómo se lo tomó tu padre?

—Bien, no me habla desde entonces. Solo me mira y gruñe. —Sonríe—. Pero sé que en el fondo comparte mi idea. Ya se le pasará.

—Y acabaste siendo socio de un gimnasio.

—Siempre me he preparado físicamente para estar ágil. Para mí es parte de mi vida el ejercicio y mi amigo lo sabía. Él tenía una idea, y yo el dinero. Juntamos nuestros propósitos e ideas.

—Se te nota feliz y que te gusta lo que haces. Antes se te veía siempre tenso, aunque a mí eso me parecía sexi… y no te estoy echando los trastos, solo constatando un hecho.

—Sí, tal vez fuera sexi, pero no podía vivir con esa tensión continua. Un error mío era la diferencia a que le sucediera algo a Chris. Dejo ese trabajo para los que lo viven de verdad como mi padre.

—Haces bien. Yo si encontrara otra cosa de lo mío también me despediría.

—Harías bien, y ahora cuéntame más de ti. ¿Quién es Violeta?

—¿Una loca?

Sonríe.

—Aparte de eso. ¿Cómo eras de niña?

Me remuevo inquieta en mi asiento.

—No me gusta hablar de mi pasado.

—¿Por qué?

—Porque mendigué mucho amor y me hace sentir tonta —le confieso y Arnol me estudia, para asentir a continuación—. ¿Tú tuviste una infancia feliz?

—Sí, tengo dos hermanas mayores que me adoran y mi madre siempre intercedió para que mi padre no me comiera la cabeza demasiado con sus ideas. —Sonríe con amor—. He tenido suerte con la familia que me tocó.

—Pues sí, se nota que son geniales. Un día me los presentas… como tu súper amiga.

Arnol no asiente. Solo me estudia.

—¿De verdad se puede ser amigo tras tener sexo?

—Claro. Ryan y yo somos inseparables.

—¿Te acostaste con Ryan?

—Sí, fue un gran error. Volvíamos del concierto de Chris.

Estaba muy cachonda y muy borracha, como él. Nos acostamos y al día siguiente entre los dos recordamos lo que había pasado. No me acuerdo muy bien de casi nada, ni él tampoco. Y no, no ha habido más veces. Fue al poco de conocerlo. Ahora lo veo como a un hermano adorable.

—En nuestro caso ninguno estaba borracho.

—Y mejor, si no me habría olvidado de cómo me sentí… —Doy un trago a mi copa—. No será un impedimento.

Arnol me mira.

Yo sonrío como si esto lo hiciera todos los días.

Él pierde su mirada en mis ojos hasta que la baja un segundo a mis labios, y me los muerdo sin querer para no rogarle un beso.

Va a ir fatal. Ya lo estoy viendo.

Capítulo 9

Arnol

Violeta entra al gimnasio y tras saludarme se va hacia las bicicletas estáticas a hacer un poco de ejercicio. Va con los cascos puestos y no tardo en saber lo que escucha porque se pone a cantar mientras baila.

No puedo dejar de mirarla con una sonrisa.

—Tu amiga está llamando mucho la atención. —Mi socio me señala a algunos idiotas que la están grabando.

Hoy en día todo lo que haces que es «raro» acaba en las redes sociales sin tu permiso.

Me pongo delante de ellos, les arrebato el móvil y les borro el vídeo mientras protestan.

—En mi gimnasio se respeta la privacidad de la gente. Si no os gusta, os invito a iros. —Los miro usando mi lado más oscuro. Ese que acojona.

Al final asienten y siguen a lo suyo sin decir nada. Regreso a donde está mi amigo que se está riendo.

—Das miedo cuando te pones así.

—Solo son unos gallitos —le indico—. Pones cara de duro y se les quitan las ganas de pelear.

—Me tienes que enseñar esos trucos.

Acepto y seguimos ayudando a nuestros clientes para hacerles rutinas o ayudarles con las máquinas.

Cuando termino me acerco a Violeta que está mirando el móvil sobre la bicicleta sin hacer nada, mientras escucha música con sus casos. Como siempre va con ropa de deporte llamativa. La verdad es que los colores resaltan su cremosa piel.

Ha sudado un poco y eso me recuerda nuestra noche juntos. A su piel sobre la mía. A sus ojos vidriosos…

Dejo de ir por ese lado y me centro en todo menos en esos recuerdos que me atormentan.

—Hola —digo tras quitarle un casco.

Se gira y me mira con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal?

—Yo bien, ¿y tú? ¿Cansada de tanto cantar?

Agradan los ojos.

—¿Canté muy alto?

—Sí.

Se sonroja.

—Bueno…, pues lo siento para quien le moleste lo raro.

—Que les den, entonces. ¿Todo mejor hoy?

—Sí, mejor no pensarlo mucho y ahora estoy escuchando música en un lugar con muchas esculturas —lo comenta mirando a dos hombres que se están midiendo para ver quién tiene más músculo de brazos—. No me puedo quejar.

—Me alegro. Me marcho para seguir trabajando.

—Genial, no quiero que por culpa de mi atractivo te echen la bronca. —Sonríe y me guiña un ojo antes de ponerse los cascos de nuevo.

La dejo haciendo ejercicio a su manera. Algo peculiar.

En los días que siguen su forma de hacer deporte roza más con lo de ir de paseo, pero, aun así, cada tarde ansío verla. Me gusta el toque de luz que da a este lugar, y además hablamos un poco cada vez que viene.

Por eso me sorprende no verla un viernes y tras salir del trabajo la llamo.

—¿Quién es?

Recuerdo tarde que nunca me ha dado su móvil y que lo he cogido de su ficha de inscripción del gimnasio.

—Soy Arnol.

—¿Usando tus influencias de jefe para husmear en mis datos? —lo dice de forma risueña y casi puedo imaginarla con los ojos chispeantes.

—Alguno debería tener. ¿Todo bien? De lunes a viernes no faltas a tus citas de deporte.

—¿Me echas de menos? Di que sí y hoy me iré de fiesta pensando que un tío súper buenorro amigo mío piensa en mí… como amiga, claro.

—Un poco, pero que no se te suba a la cabeza. ¿Sales con tus amigos?

—Vamos de pre-despedida de soltera de Delia. Es un aperitivo para la oficial dentro de un año. ¡La vamos a liar!

—Siendo tú la que lo organiza, seguro. —Se ríe—. Te dejo. Pasadlo bien y disfruta, y bueno, ya tienes mi número si necesitas ayuda.

—Vale. Disfruta de tu noche. Nos vemos el lunes en el

gimnasio.

Cuelgo y me quedo pensando un rato en ella, y en la que puede liar esta noche. Ya vi las fotos y vídeos de la despedida de Delia cuando se volvió, me puedo imaginar cualquier cosa.

Pienso en salir a tomar algo y al final llamo a mi socio para tomar algo. Tarde me doy cuenta de que, desde que estuve con Violeta en la cama, no he intentado nada con nadie.

Violeta

Reviso todas las cosas para la fiesta. Al final solo somos Delia, yo y un par de compañeras del trabajo de mi amiga. No ha querido decírselo a la familia porque esta es la fiesta informal.

Saco a Delia su vestido de princesa y niega con la cabeza.

—¡Ni de coña!

—Te pusiste una polla en la cabeza… ¿No puedes vestirte de princesa?

—Me la puse en un sitio donde nadie me conocía. Aquí tengo que cortarme un poco.

—Chorradas, y por eso te he traído este vestido tan mono.

—No me puedo creer que vaya a hacer esto.

Agarra el vestido y se lo pone sobre su ropa, dejando claro que, cuando se canse, se lo quitará. Le pongo la diadema y la banda donde se puede leer: me caso.

Cuando termina, saco las camisetas que tengo preparadas y me pongo la mía. Son rosas y hay impresa en cada una de ellas una foto de Delia con una polla en la cabeza donde pone: esta loca se casa.

—Te mato, Violeta.

Me río.

—Pensé que no la querrías llevar puesta y por eso ya la llevamos nosotras por ti. Y ahora, vámonos.

Nos marchamos a donde hemos quedado con sus compañeras.

Al llegar les tiendo una camiseta a cada una que no dudan en ponerse.

Delia protesta un poco hasta que nos tomamos la primera ronda. Luego baila con sus compañeras y saca de dentro su alma fiestera.

Al final acabamos en un *pub* que está muy bien.

Tras un par de rondas me marcho sola a los servicios.

—Anda, mira a quién tenemos aquí: la calientapollas.

Miro hacia mi izquierda y veo al idiota que rechacé en mi

última cita, cuando me acosté con Arnol.

—No tengo ni ganas de responderte. La mejor arma es la ignorancia y más con personas como tú.

—¿Personas como yo? —Se ríe—. ¿Y qué me dices de ti? —No le hago caso—. Siempre serás la tía fácil que me follaría y nunca la novia digna que me ligaría para formar una familia. Siempre serás una cualquiera. Los tíos tenemos un radar y sabemos de quién solo conseguir un polvo y a quién buscar para sentar la cabeza. Tú nunca estarás en ese bando.

Lo ignoro.

Tonta de mí recuerdo que en nuestras conversaciones me preguntó si quería tener pareja y le dije que sí, que estaba deseando encontrar a alguien con quien formar una familia.

Ahora mismo me siento muy idiota por confiar en tantos extraños.

Me mira hasta que ve que no reacciono.

Compruebo que esto le da más rabia y al final se marcha. Lo hace justo en el momento en el que me toca entrar al aseo. Me encierro en él y saco fuera todo los nervios. Sus palabras me han hecho daño porque en el fondo siempre lo he pensado, que soy la chica que nadie elegirá; que tristemente un tío puede hacer lo mismo que yo, pero en las mujeres sigue estando mal visto. La igualdad llegará cuando un día no tengamos que compararnos entre hombres y mujeres, solo entre unas personas y otras sin importar el sexo.

Necesito llorar, pero lo evito porque si lo hago me derrumbaré y esta noche tiene que ser especial para Delia.

Mientras salgo y las busco, me pregunto con cuántos idiotas como este último me he acostado; a cuántos les he regalado mi valioso tiempo porque esperaba algo que no iba a llegar.

Tristemente a muchos.

Hasta que no ha llegado Arnol, nadie se ha tomado el tiempo para hacerme el amor.

Me siento patética y no puedo evitar pensar en mis padres. En las veces que hice cosas para que me vieran.

Sigo siendo esa niña que espera ser vista.

Capítulo 10

Violeta

Me paso todo el domingo metida en la cama sin ganas de comer ni de salir. Delia se fue a su casa y Ryan suele ir a su bola cuando no salgo de mi dormitorio tras una fiesta, dejándome tranquila.

No he mirado ni el móvil. Solo he salido para ir al aseo y porque no podía aguantar más. Si no, ni eso.

Tristemente no dejo de pensar en las palabras que me dijo el idiota anoche. Las escucho en bucle en mi cabeza. La gente piensa que los psicólogos por su profesión tienen respuestas para todo o pueden psicoanalizarse, pero me cuesta mucho ayudarme a mí misma. Me es más fácil mirar al resto y analizarlos. Aunque tampoco soy tan tonta para no saber que llevo años buscando el cariño que nunca tuve en casa, pero cuesta aceptar que por eso me he metido en tantos problemas. Aun sabiendo el foco de mi mal, me he tirado de cabeza siempre.

Escucho unos toques en la puerta y espero que sea Ryan que al no responderle, se marche. Seguramente se asomará, verá que respiro y se irá al salón.

Y eso hace: abre la puerta y luego la cierra. Bien, me dejará en paz durante otro rato.

—¿Se puede saber qué te pasa? —La voz de Arnol me hace pegar un bote en la cama y me destapo.

Lo miro. Tiene las cejas levantadas y me observa serio.

—Resaca —le digo con la voz tomada por la resaca. En esto no miento.

—Son las ocho de la tarde y seguro que ya ha pasado.

—Eso no lo puedes saber. Cada cuerpo es un mundo.

—Cierto, pero Ryan dice que normalmente cuando tienes resaca sales a comer algo.

—¿Me estás vigilando?

—No, he estado en casa de Delia y de Chris para llevarle unas cosas a este último, y Delia comentó que tras volver de los servicios en el *pub*, te notó muy decaída. No para de llamarte al teléfono y no se lo coges. Iba a venir para ver qué te pasaba y le dije que como me

quedaba de paso, vendría yo para comprobar si estabas viva.

—La psicóloga soy yo, no vosotros. Estoy bien.

—Sal y vístete. Nos vamos de paseo.

—No tengo ganas.

—¿Te visto yo?

—Te mueres por verme desnuda de nuevo… pero eso no pasará.

Sonríe.

—En tres segundo lo hago. Uno… dos…

—¡Vale! Eres un pesado.

Salgo de la cama, cojo algo de ropa y me marcho al aseo para cambiarme. Me duché anoche cuando llegué, porque no me gusta acostarme con el olor de una noche de fiesta.

Salgo y escucho a Arnol y a Ryan hablando en el salón.

Al llegar Ryan me tiende un sándwich envuelto en papel de aluminio.

—Para la resaca —dice mi amigo.

—Gracias.

Lo abro y me lo como. Estoy hambrienta.

Cojo mi chaqueta fina porque ya estamos en mayo, cuando hay días muy buenos y días que te mueres de frío.

Vamos hacia el coche de Arnol y, como por su culpa estoy aquí, ni le pregunto si le molesta que coma dentro del vehículo.

Me lo acabo y Arnol me tiende una botella de agua.

—Gracias.

—De nada. Espero que tengas más hambre porque voy a parar a cenar en un rato.

—No he comido nada en todo el día. Así que sí, podré comer más.

—Genial.

Seguimos el viaje en silencio hasta que se detiene en un chiringuito cerca de una playa que queda a una hora de la ciudad de donde vivimos. En verano he venido varias veces con Delia y Ryan a pasar el día.

Nos sentamos en una mesa y pedimos algo de picar observando el tranquilo mar.

—Siempre que algo me preocupa, observar la intensidad del mar me tranquiliza —me dice mientras cenamos. No han tardado mucho en traernos los platos, sobre todo los fríos.

—Me pasa lo mismo.

—¿Me vas a contar qué te sucede?

—No sé si quiero.

—Sabes mejor que nadie que no es bueno esconderse las cosas. Siempre es bueno hablarlas con un amigo. Vamos, me encantaría escucharte.

Noto que lo dice de verdad.

—Vale. —Doy un trago a mi bebida y como algo antes de hablar—. Anoche, mientras esperaba en el aseo del *pub*, me encontré con mi última cita del Tinder. Ya sabes quién es. —Asiente—. Sigue molesto porque lo rechazara y bueno, entre otras cosas dijo algo que en el fondo yo ya sabía: que cuando un tío quiere una novia no se va con una que parece solo querer sexo.

—¿De verdad piensas así?

—Tristemente siempre lo he dado todo con mucha facilidad porque esperaba que así se me conociera; que si no existían trabas, pudieran ver algo bueno en mí… pero eso nunca ha llegado. No hace falta ser muy listo para saber que he regalado demasiados favores por nada. Me siento muy idiota, porque si hubiera disfrutado del sexo, pues se hubiera compensado, pero hasta que no llegaste no me di cuenta de la diferencia entre disfrutar y no hacerlo.

»Llevo así toda la vida —le suelto—. Mis padres no me querían tener. Son personas de negocios y andan muy liados, pero entonces mi madre se quedó embarazada. Me tuvieron a cambio de no hacerme nunca caso y que me criara una niñera diferente en cada ciudad a la que nos trasladábamos. Al principio recuerdo sacar buenas notas para que me alabaran. Luego me porté mal en clase al ver que no les importaba. Me acosté con el primer tío en mi casa solo para ver si así, me decían algo. Nada. Ni aun sabiendo que era el jardinero y me sacaba diez años, movieron un dedo.

—Pues vaya padres.

—Sí y yo sé como soy. No quiero cambiar. Sé que tengo cosas buenas, pero me da miedo que mi fama haga que nadie se tome tiempo para conocerme más allá de mis descalificativos.

—Lo dudo mucho. Eres lista, alegre, loca, imaginativa y sé que eres amiga de tus amigos hasta la muerte. Si alguien se sintiera atraído por ti, no dudaría en quererlo saber todo de ti.

Me pierdo en sus ojos y al final lo abrazo.

No tarda en devolverme el gesto.

—Abrazo de amigos —puntualizo, aunque en realidad no lo siento como un amigo.

Mi piel clama la suya y mi boca echa de menos el calor de sus besos, y por eso me separo con rapidez, para que no note los acelerados latidos de mi corazón.

—La gente siempre hablará de ti. O aprendes a vivir con los

envidiosos o no podrás vivir en paz.

—Eso es cierto. Lo peor es que la semana que viene tengo que ir a casa de mis padres a su doble cumpleaños. Nacieron el mismo día y lo celebran en una gran fiesta en casa. Les hice prometer que viviría mi vida sin que se metieran en ella, como si lo fueran hacer alguna vez, si acudía a sus cumpleaños. No he roto la promesa hasta ahora, pero no me apetece ir.

—¿Y puedes llevar amigos?

—Sí, pero Delia se va con Chris de viaje y Ryan con su familia. Por eso no se lo he pedido a ninguno.

—¿Y yo? —Lo miro sin entender—. ¿Que si puedo ir yo contigo?

Lo miro sin dar crédito a sus palabras.

Un viaje con Arnol suena increíble. El problema es que debo recordar que por mucho que quiera algo más con él, Arnol no lo desea.

Pienso en su ofrecimiento y al final asiento, porque siempre poco es mejor que nada, y prefiero tenerlo como amigo aunque cueste, a no tener nada.

—Vale, te pasaré todos los datos.

—Podemos ir en mi coche si quieres y así vas más tranquila.

—Sí, mejor porque me pone nerviosa ver a mis padres, no saber qué esperar de ellos.

—Bueno, estaré para hacerte compañía.

—Sí, y una cosa más… ¿Tienes esmoquin?

—Tengo —afirma con una sonrisilla—. Me ha tocado ir a varias fiestas como acompañante de Chris y por eso tengo varios.

Asiento y le pregunto:

—¿Echas de menos la acción? Ya sé que dijiste que no, pero ha pasado más tiempo.

—No, nada. Me gusta mucho mi trabajo en el gimnasio.

—¡Qué envidia!

—Ya te saldrá algo que te guste.

—Soy joven. Eso seguro.

Seguimos cenando y al acabar propone ir a dar un paseo por la playa.

Andamos por la arena, e intento pensar que solo es un paseo entre amigos, pero cada vez que nos tocamos sin querer, se activa algo en mí.

Me encanta este hombre. No sé si llamarlo enamoramiento, pero sí esa magia que te funde los circuitos y te hace desear estar a su lado a todas horas, y cuando no lo estás, no puedes dejar de pensar en

el próximo encuentro.

Arnol me hace sentir cosas que nadie me ha transmitido y me asusta por si esto un día se convierte en amor, cuando tengo que ser solo su amiga.

Observo el mar y sin pensarlo mucho me quito los zapatos, me arremango los pantalones y me mojo los pies.

—Tiene que estar helada.

—Sí, pero solo al principio. Está deliciosa.

—No pienso probarla. Confío en ti.

Me río.

Se sienta en la arena mientras yo dejo que el agua del mar acaricie mis pies. Me relajo mucho y poco a poco noto que tengo el control de mi vida. No pienso cambiar por nadie. Me gusta como soy y si soy alguien que no puede tener una pareja, debo aceptarlo en vez de seguir haciéndome daño con personas que no me merecen.

Ojalá no le tuviera tanto miedo a la soledad. Si lo hago es porque sé lo que se siente al estar sola, y no me gusta.

Me siento al lado de Arnol.

—No pienso cambiar por nadie.

—No tienes que hacerlo. Eres genial tal como eres.

—Tú tampoco estás mal. —Se ríe.

Me encanta su risa, ronca y sensual.

Nos quedamos un rato hasta que se levanta aire y regresamos al coche.

De vuelta no puedo dejar de pensar en que vendrá conmigo para ver a mis padres. No sé qué puede salir de esta viaje, pero tengo claro que me muero por vivirlo a su lado.

Por primera vez lo de ir a casa de mis padres no me agobia tanto como siempre.

Capítulo 11

Arnol

Preparo todo para el viaje. Me he cogido el viernes libre.

Violeta me comentó que teníamos que salir el jueves por la tarde para así estar en casa de sus padres el viernes.

Acepté y ahora estoy terminando de guardar la maleta y mis cosas para el viaje en mi coche. Una vez listo me monto y voy a buscarla.

Al llegar está en la puerta con Ryan que la ayuda a cargar la maleta en el maletero tras saludarme.

—Pasadlo bien —nos desea Ryan.

—Genial, pienso disfrutar con el catering y el buen vino de mi padre —responde Violeta una vez ha entrado en el coche.

Nos ponemos en marcha. El viaje es largo y quiero llegar antes de que sea muy de noche.

—¿Qué saben Ryan y Delia de tus padres? —indago.

—Solo que son especiales, pero no les he contado que me ignoran. Cuesta contar algo así.

—A mí me lo contaste.

—Ya, a mí también me sorprendió hablarte tan clara sobre eso. Pero me alegro de haberlo hecho, porque lo vas a vivir en tus propias carnes. Hubiera sido raro llegar y verlos siempre con el móvil o el ordenador sin mirarte.

—¿Y qué les has dicho que soy para ti?

—Un amigo. Así te han preparado un cuarto solo para ti.

—Bien, pero no me hubiera importado mentir y decir que somos algo más.

—Ya, pero da igual lo que les diga. No te van a ver.

Violeta me lo pinta todo de una forma que me crea curiosidad. Los describe como dos robots presos del trabajo que no son capaces de mirar más allá de sus pantallas.

Pronto descubriré la verdad.

Hablamos un poco de todo durante el viaje. Tenemos gustos muy parecidos en cuanto a películas y series que solemos ver. Comentamos la última, y no puedo evitar imaginarnos a los dos juntos en mi sofá viendo alguna.

La idea no me desagrada la verdad.

Llegamos a su casa para la cena. La vivienda en realidad es una finca con grandes jardines y plantaciones.

—La casa tenía muchas tierras buenas para cultivo. Mis padres mandaron plantar cosas que venden en los mercados, pero no es su trabajo oficial.

—Se nota que tienen dinero.

—Sí, son muy excéntricos.

Llegamos a la entrada donde hay una fuente bastante rara que no ha debido ser barata.

Meto el coche en el garaje y al salir del vehículo nos espera un mayordomo y unas mujeres. Todos vestidos con uniforme. Nos ayudan con las maletas y nos llevan a nuestras habitaciones.

La mía está al lado de la de Victoria en la planta alta de la vivienda.

De camino me he fijado en el lujo de la casa. Suelos de mármol, paredes llenas de cuadros…

—La cena estará lista en diez minutos —nos informa el mayordomo antes de marcharse.

Miro a Violeta en la puerta de mi cuarto.

—Esta era mi casa cuando nací. Han regresado a ella. Sigue siendo igual de grande y fría.

—¿Y ese era tu cuarto? —pregunto señalando su puerta.

—Sí, bien lejos de mis padres para que pudieran dormir. Te dejo cambiarte. Nos vemos ahora.

Entra a su dormitorio y hago lo mismo.

Me aseo y me cambio de ropa para la cena.

Al salir, Violeta me espera apoyada en la pared del pasillo frente a mi cuarto. Se ha puesto un sencillo vestido de media manga azul marino que realza su figura.

Me cuesta mucho no mirarla con deseo, no dejar que mi mirada vague por sus curvas, olvidar a qué saben sus besos.

Vamos hacia el salón donde será la cena.

Noto a Violeta inquieta y busco su mano para entrelazar mis dedos con los de ella para infundirle fuerza.

Al llegar veo a sus padres sentados a la mesa con un par de ordenadores cada uno y hablando por el móvil. Tristemente son como los imaginé: fríos y egocéntricos.

—Hola —dice Violeta y sus padres la saludan sin levantar la vista de sus ordenadores—. Este es Arnol. Un amigo.

—Encantados —señala su padre sin mirarme—. La cena no

tardará en venir. Sentaos.

No me dedica una sola mirada y por eso paso de decirles nada más.

He conocido muchas personas así cuando viajaba con Chris. Se creen que el dinero lo es todo en la vida y a más dinero más tienes.

Se equivocan.

Me siento al lado de Violeta en el otro extremo de la mesa.

La cena está deliciosa. Violeta y yo hablamos sobre ello, y acabamos riendo por algo que le cuento, pero ni las escandalosas risas de su hija alteran a sus padres.

Violeta es atenta con la gente que nos sirve, a diferencia de sus padres que los ignoran, como a su hija.

En toda la cena no le preguntan nada y, aunque Violeta sonríe, he visto como los miraba en más de una ocasión.

La imagino de niña en una gran mesa como esta, viendo a sus padres tan cerca y tan lejos a la vez. Haciendo cosas para llamar su atención; cosas que la han marcado porque no las hace porque las desee, sino por ellos. Como buscar cariño en gente que no la merece. En el fondo solo quiere llenar el vacío de años de soledad al lado de estas personas que no nacieron para ser padres.

Le sugiero tomarnos el postre en mi habitación viendo la tele y acepta.

Los trabajadores nos lo llevan allí.

Tras darles las gracias, se marchan.

Violeta se acerca a su cuarto para ponerse el pijama y yo también me pongo ropa cómoda.

Me asomo por la ventana mientras la espero y veo una gran piscina en el jardín al lado de un jacuzzi rodeado de maderas.

Violeta entra y se pone a mi lado para mirar por la ventana.

—Mañana si quieres nos damos un baño en el jacuzzi.

—Por mí perfecto —le indico—. No ha debido de ser fácil vivir aquí.

—No, la verdad, y te pareceré una tonta, pero en el fondo siempre espero que me miren. No sé qué más necesito para dejar de esperar algo que no llegará. Te debo parecer patética.

—Adorable. Nunca patética. —Sonríe.

Nos miramos a los ojos. El momento se hace más intenso a cada segundo que pasa y por eso le sugiero que comamos el postre mientras elegimos una serie para ver.

Nos acomodamos en el sofá a ver una que seguimos los dos y de la que acaban de subir su segunda temporada. Me giro para mirarla, para comentarle una cosa, y observo que se le ha quedado

chocolate en el labio.

La miro con deseo.

El latigazo que siento me pilla desprevenido. Quiero besarla, robar el dulce sabor de sus labios y joder…, quiero hacer miles de cosas con ella en la cama.

Violeta se gira ajena a mis pensamientos. Abre la boca para hablar hasta que lee el deseo que hay en mis ojos y noto como traga con dificultad, apretando los puños sobre la manta fina que nos hemos puesto por encima de los pies.

Me desea, me quiere besar, y no hacerlo es un tormento.

—Tengo sueño… un viaje largo —lo dice como excusa y tal vez para no romper la promesa que me hizo—. Mañana podemos dar un paseo por la ciudad.

—Me parece bien. Buenas noches, Violeta.

—Buenas noches, Arnol.

Su forma de decir mi nombre me enciende y sé que debo detener esta locura o acabaremos mal.

Violeta

Me dejo caer sobre la puerta de mi cama. El corazón me late acelerado y noto el deseo correr con fuerza por mis venas.

Arnol deseaba besarme y yo deseaba que lo hiciera, que mandara nuestra promesa bien lejos y nos perdiéramos el uno en el otro, pero le prometí que no haría nada, y por eso he preferido irme antes de romper nuestro acuerdo.

Si me vuelve a mirar de esa forma, no sé si podré resistirme.

Lo deseo demasiado.

Capítulo 12

Violeta

Bajo temprano a desayunar para esperar a mis padres en la mesa del salón donde hay un amplio desayuno.

—Buenos días —le digo al verlos.

—Buenas… —indica mi padre antes de hacer una llamada.

Mi madre solo asiente con la cabeza.

Pierdo el hambre. No tengo ganas de comer. Al final me quedo mirando como comen antes de irse.

Ya sola me siento muy tonta.

—Buenos días. —Arnol me da un dulce beso en la mejilla antes de sentarse a mi lado.

Su beso calienta el frío que me han dejado mis progenitores, y sé que lo ha hecho por eso.

—¡Qué beso más sabroso! Buenos días. —Le sonrío queriendo ocultar mi pesar.

—Ha estado bien —me responde y se sirve el desayuno.

Yo trato de comer, pero no me entra nada y por la insistencia de Arnol me tomo una manzanilla antes de irnos.

Mis padres nos informan que no vendrán ni a comer ni a cenar y nos indican que le digamos al servicio lo que queremos de comida y cena.

—Para comer podéis dejar cualquier cosa hecha —le digo—, y luego podéis tomaros todos la tarde libre.

El mayordomo me estudia un segundo antes de asentir. No voy a tenerlos a todos tras de mí por una cena, si mis padres no están. Es a ellos a los que les gusta que le sirvan o estén pendientes de sus copas y vasos.

Recogemos nuestras cosas tras cambiarnos y nos vamos andando a la ciudad.

—Si no recuerdo mal, hoy es día de mercadillo —le comento ilusionada tratando de olvidarme por completo de mis padres.

—He ido a algunos con mis padres de pequeño.

—Son geniales. Me encanta pasear por el pasillo de verduras y respirar el aroma, o rebuscar entre la ropa. Siempre encuentro verdaderas gangas. Luego tenemos que ir a elegir mi vestido para

mañana. Mi madre me dijo por e-mail dónde tenía que ir a elegir uno.

—¿Y recordaba tu correo? —bromea.

—Seguro que lo envió su secretaria —le respondo—. Me da igual. Hoy es nuestro día para disfrutar de este lugar.

Estamos llegando a las calles donde está el mercadillo y veo que sigue puesto, como cada viernes.

Nos adentramos entre sus calles. Miro todo, lo toco casi todo y me compro algunas cosas. A Arnol le pruebo un gorro y por su cara seria sé que no le gusta.

Me río mientras se lo quito.

—La verdad es que no te quedaba bien.

—Querías que hiciera el ridículo. —Asiento—. Eres mala.

Me río y tiro de su mano para ir al pasillo de las frutas. Compramos algunas de ellas y nos las vamos comiendo mientras compramos. Siempre me ha parecido distinta la comida comprada en los mercadillos comparada con la de los supermercados. Esta tiene un sabor especial, como si antes de llegar a nuestras manos fuera mimada por sus dueños queriendo conservar el sabor original. Cuando se fabrican las cosas en masa se pierde sin querer la originalidad del producto. Ese sabor que lo hace único y especial.

Al acabar estoy cansada y me sigue doliendo el estómago, pero lo atribuyo a los nervios.

Entramos a la tienda y al decirles quién soy, me señalan los vestidos que mi madre me ha elegido.

Son todos preciosos. Mi madre tiene buen gusto y parece que se sabe hasta mi talla. Con lo poco que me mira hasta me sorprende.

—Voy a probármelos —informo a Arnol.

Se sienta en un cómodo sofá frente al probador. Cuando salgo con el primero puesto, observo que le han dado champán para beber.

—¿Qué te parece?

—A ti no te gusta —adivina sin más.

—La verdad es que no.

Me quito el primer vestido, con el que parecía un caro saco de patatas. No me hacía formas y el color a tierra no me sentaba bien.

El siguiente no está mal; queda mejor puesto.

Arnol solo dice que no se me nota muy convencida.

—Es que este color rojo regla no sé si me gusta. —Se ríe—. No es el rojo pasión que te queda bien. Es un rojo sangre… muy feo.

—Ahora que lo dices es un poco raro. Me recuerda a las capas de los vampiros. —Me río.

El siguiente me queda horrible y cuando salgo le digo que me encanta solo para ver si me da la razón.

—Si tú quieres llevar ese, te apoyaré, pero dudo que te haga justicia.

—Te estaba poniendo a prueba. Es horrible.

—Y tú muy mala.

Me río y entro al probador de nuevo.

Decido ponerme mi preferido desde el principio. Un precioso vestido en color oro con la espalda al aire y de largo por debajo de las rodillas con un poco de vuelo. Me recojo el pelo como puedo y salgo haciendo un pequeño desfile.

Arnol no dice nada, pero, por su mirada, sé que le gusta lo que ve. Me pongo ante él y le cojo de la camiseta para acercarme a su oído.

—¿A que te gusta?

Sonríe y cuando me aparto asiente.

—Te queda muy bien.

—Era mi preferido desde el principio.

—¿Y has hecho que me trague muchos más?

—Era por si no me gustaba, tener un plan B.

—Cuando algo te gusta y es para ti, lo sabes a la primera. No necesitas plan B.

Lo miro y sé que tiene razón. Con él no necesito un plan B para saber que lucharía por lo nuestro. Cuanto más lo conozco, más cerca estoy de enamorarme perdidamente de él.

—Cierto —le indico refiriéndome a él.

Entro al vestuario notando el corazón acelerado y, mientras me quito la ropa, me vuelve a dar ese molesto dolor por los nervios. Es mejor que me tranquilice porque ahora mismo siento hasta pinchazos.

Llevarán mi vestido a mi casa junto con unos zapatos a juego que me han aconsejado.

Damos una vuelta por la ciudad y llegamos hasta el que fue mi primero colegio.

Le cuento anécdotas mías de pequeña.

—En realidad, era muy revoltosa. Siempre me metía en líos.

—Querías que te hicieran caso.

—Totalmente, pero ahora lo pienso y me da pena por los profesores. Una vez puse pegamento en todos los grifos y los abrí. El agua acabó saliendo por otro lado… Otra llené de tierra los váteres como si fuera mierda… Los niños gritaron. Nunca me sentí feliz con mis trastadas. Solo esperaba el momento en que llamaran a mis padres.

—Y no te hacían caso.

—Solo decían que eso no se hacía, y que me fuera a mi cuarto

a pensar. Estaban tan ocupados con su trabajo que no tenían ni tiempo para regañarme.

—Y eso hacía que tú te metieras en más problemas.

—Me puse un *piercing* en la lengua con doce años. Se me infectó y me lo tuve que quitar. Me di mi primer beso con diez, a uno mayor. Siempre sentía que deseaba gritar. Vivía enfadada con el mundo… pero he cambiado.

—No lo creo —me responde—. Te he visto cómo los miras. Sigues esperando que te vean —me dice sincero.

—Son mis padres. ¿Es tan raro que quiera que me hagan caso?

—No, pero eres adulta. Ya no eres esa niña que hacía todas esas cosas sin consecuencias. Ahora sabes que tus decisiones tienen consecuencias que te lastiman a ti, y solo por eso merece la pena que de una vez aceptes que para ellos no eres lo más importante.

Noto los ojos llenos de lágrimas y Arnol me abraza con cariño. Sus palabras han sido muy duras, pero lo triste es que sé que tiene razón.

Me quedo quieta entre sus brazos aspirando su aroma y disfrutando de este placer de tenerlo tan cerca. Por un momento me olvido de nuestra promesa y solo disfruto.

Capítulo 13

Arnol

Tras mi abrazo nos ponemos en marcha. No sé en qué pensaba o sí… En estar a su lado. Cuanto más tiempo paso con ella, más difícil se me hace ignorarla.

Todo sería más fácil si en sus ojos no viera cómo me desea. Que no haga nada, me gusta, porque me hace ver lo fiel que es a su palabra. Me hace confiar en ella.

Andamos de regreso.

Violeta me mira y abre la boca, pero luego calla.

—¿Se puede saber qué quieres preguntarme?

—No sé si es meterme donde no me importa.

—Seguramente…, pero eres así. No cambies por mí.

—Eso es cierto. Soy una cotilla por naturaleza. —Sonríe con picardía—. ¿Por qué no quieres arriesgarte a enamorarte? No hace falta ser muy listo para saber que si solo quieres una noche con alguien, es porque no quieres una segunda que te haga poder sentir algo por esa persona.

—Me preguntaba cuánto tardarías en hacerme esa pregunta.

—He aguantado lo mío.

—Y eso me sorprende, la verdad.

—Si no me lo quieres contar…

—Da igual. No es un secreto —le indico—. Antes de empezar a trabajar para Chris como guardaespaldas y seguirlo por todos lados, estuve a punto de casarme.

—Eras muy joven.

—Ya, pero estaba enamorado —le digo—. La quería mucho. Era todo mi mundo. No había semana que no le hiciera algo especial. Una cena, un ramo de flores olvidado en su sitio en el coche… Era uno de esos idiotas que regalaba globos, flores y tontas tarjetas de amor.

—No creo que eso sea de idiota. Nunca he recibido una, pero creo que, de hacerlo, pensaría que es de valientes.

—De gilipollas —le suelto tajante—. Le pedí matrimonio haciendo un baile en un centro comercial, donde varias personas se pusieron a bailar conmigo. Una *flashmob*… —Se calla unos segundos

como si lo recordara y al poco prosigue—: Me aprendí los pasos de su película favorita por ella.

—¿Tienes el vídeo? —La fulmino con la mirada—. Tuvo que ser genial.

—Odié cada segundo de ese instante hasta que me dijo que sí. Lo tenía todo, Violeta. Era feliz a su lado.

—Y entonces te puso los cuernos.

—No, me dijo que se había dado cuenta de que no me quería como yo a ella. Según ella, estaba a mi lado porque quería ser para mí todo lo que yo deseaba que fuera, porque era tan bueno, tan atento, tan perfecto… que sabía que dejarme escapar era de estúpidas, pero que se había dado cuenta de que no me amaba. Solo había fingido que lo hacía por si un día era verdad.

—Menuda capulla.

La miro divertido.

—Me sentí muy idiota. De verdad creía que ella sentía lo mismo, y saber que todas las veces que me dijo que me quería era por si un día lo sentía, me hizo sentir muy tonto. Entonces odié todas esas chorradas románticas. Les cogí asco y supe que no quería pasar más por eso. No quería enamorarme porque lo triste es que tal vez nunca creería que un te quiero es de verdad.

—Es que vaya idiota. Creo que hubiera sido mejor que te hubiera puesto los cuernos, pero que te engañara tanto tiempo, te hizo mella. Sabes que solo podrás superar ese momento cuando hagas todo eso por alguien, ¿verdad? Cuando te arriesgues a amar.

—Y ahora me habla mi amiga la psicóloga —señalo divertido.

—Y sin cobrarte, que otros pagan por eso. —Sonríe—. Creo que tienes que dejarte amar porque, aunque no quieras, el amor no se elige. Un día llegará a tu vida y solo tú podrás decidir si quieres arriesgarte a perder tras luchar o perder sin hacer nada. Va a doler igual, pero al menos lo habrás intentado.

—¿Como haces tú con tus padres?

—Pues sí… o con todos esos tíos. Creo en el amor. En que un día alguien no tendrá ni miedo ni vergüenza a hacer el ridículo por mí, y por eso a veces cometo errores. Pero al menos lo intento. Aunque ahora sé que debo luchar solo por quien me guste de verdad. —Sonrío—. Si vives preso a unas ideas marcadas, te estás perdiendo cientos de cosas maravillosas que te brinda la vida. Deberías dejarte llevar. Las cosas sucederán quieras tú o no.

Llegamos a la casa de sus padres y le sugiero ir a prepararnos para la comida.

Soy consciente de que lo uso como excusa, pero no es fácil

admitir en alto que vivo la vida comprimido por mis ideas, porque sé lo que duele perder. He olvidado a mi ex, pero no lo que me costó superar aquello.

No hay nada de malo en no querer pasar por eso otra vez y si para eso tengo que vivir con unas reglas, es lo que hay.

Violeta

Pienso en la historia de Arnol mientras lo espero para comer en una mesa junto al jardín. He pedido que nos dejen la comida en un carro y ya la iremos sirviendo nosotros.

Ahora estoy sola sentada observando la piscina.

Me cuesta imaginarme a Arnol haciendo todas esas cosas por una persona. Ella debió de haberlo parado. No se puede forzar el amor. Algo que yo debería también comprender de una vez.

Si sigo con la esperanza abierta con mis padres es porque son mis progenitores y sigo esperando que cambien.

Pensar en ellos me da angustia. Miro la comida y siento ganas de vomitar. No estoy embarazada porque he tenido la regla hace poco y desde entonces no me he acostado con nadie. Más bien desde Arnol.

Este se acerca para comer tan increíblemente guapo como siempre. Cuesta mirarlo recordando que no debe saber lo que me gusta. Me da miedo que de saberlo se aleje de mí.

—Te propongo plan para esta tarde —le comento mientras comemos y espera a que siga—. Película romántica en el cine.

—¿Para reírte de mí?

—Claro, así te preguntaré qué cosas hiciste. Anda di que sí que quiero reírme…

—A mi costa. —Me río y asiento—. Vale, pero no te prometo que te cuente las cosas que realicé.

Vemos las sesiones de cine y para la comedia romántica solo hay una sesión a las cuatro de la tarde.

Comemos rápido y nos marchamos al cine. Antes de irme les insisto a los empleados de la casa para que se tomen la tarde libre, que no se preocupen por mis padres. Les diré que me sirvieron una cena espectacular.

Mis progenitores no son de dar días libres, y por eso lo hago. Para que tengan un descanso que seguro se merecen.

Nos sentamos en la sala del cine con palomitas y bebida que no sé cómo me entran tras lo que hemos comido.

La película es chula. Te ríes y más porque me imagino a Arnol

como protagonista haciendo mil y una cosa por la actriz central.

—La verdad es que si solo uno de los dos da en una relación, es que las cosas no van bien —le digo al oído, cosa que es un gran error porque su piel y su perfume me tientan—. En eso nos parecemos. Siempre hemos dado más que el otro.

—Eso es cierto. —Se gira y nuestros labios se quedan tan cerca que su aliento me acaricia.

Deseo que me bese tanto que aprieto mis puños hasta que noto como las uñas se me clavan.

Arnol se pone serio antes de apartarse y centrarse en la pantalla.

El resto de la película lo vemos en un tenso e incómodo silencio.

Entre los dos sigue habiendo una tremenda carga sexual y no sé cuánto tiempo podremos ignorarla.

Capítulo 14

Arnol

Llegamos a casa de los padres de Violeta tras cenar algo en el centro comercial.

Esta abre la puerta y dice que estamos solos.

—¡Qué silencio! —añade—. ¿Te apetece un baño en el jacuzzi?

La miro y, aunque sé que es tentar a la suerte, acepto. Espero que diga de ir a ponernos el bañador, pero no, sale hacia el jardín y se empieza a quitar la ropa hasta que queda en ropa interior.

Lo hace de forma natural. No pretende seducirme, pero su cuerpo me tienta. Me tienta demasiado.

Lo prepara todo mientras me quito la ropa. Se mete sin mirarme, y cuando lo hace, la rodean cientos de burbujas que le hacen cosquillas. Se ríe.

Su risa es sincera, de esas que se contagian.

Me meto con ella. Lo hago frente a ella porque no sé si de estar cerca podré seguir resistiéndome.

Esta tarde en el cine me costó mucho no dejarme llevar.

—Esto es muy relajante, y me está haciendo cosquillas en muchos lugares. ¿Crees que puedes tener un orgasmo con las burbujas del jacuzzi? —lo pregunta de verdad como amigos, pero imaginar esas burbujas acariciando su cuerpo es demasiado para mí.

—Alguien me ha dicho que para avanzar tengo que romper mis reglas —le indico cerca de ella—. Quiero empezar con esta.

Cojo su cara entre mis manos y la beso.

Devoro su boca como llevo deseando hacer desde hace días.

Tiro de ella hasta que acaba sentada sobre mis piernas y me rodea con ellas haciendo que nuestros sexos se toquen.

Estoy ardiendo.

Necesito más.

Tiro de su sujetador hasta liberar sus pechos.

La alzo para llevármelos a la boca y se retuerce.

Es muy receptiva. No sé cómo nadie se ha tomado nunca tiempo en amar su cuerpo, pero tristemente hay mucho egoísta suelto por el mundo que creen que tu propio placer es sinónimo de disfrutar

los dos.

Los degusto con calma antes de sacarla del todo del jacuzzi para sentarla en el borde.

Necesito más de ella.

Tiro de sus braguitas mojadas y empiezo a darle besos por el interior de los muslos. Sus manos se enredan en mi pelo y cuando llego a su sexo, justo cuando mi aliento la acaricia, me pega un pequeño tirón que lejos de dolerme, me excita.

Paso mis dedos por su húmedo sexo antes de acercarme para acariciarlo con mi lengua. Su sabor me encanta. Hace que no pueda parar de explorar este lugar que esconde tanto placer.

Acaricio con mi lengua su clítoris antes de meter en su interior un par de dedos.

Le hago el amor con la boca y mi mano, deteniéndome cuando está a punto.

—Eres malo —me dice mientras salgo del jacuzzi.

La cojo en brazos y vamos hacia el dormitorio sin dejar de besarnos hasta que la dejo con cuidado sobre mi cama.

Me separo solo para buscar un condón que me pongo con rapidez ansiando estar ya dentro de ella.

Sumerjo mi sexo en el suyo y me quedo quieto un segundo atesorando este placer del que me he privado tantos días por mi regla.

Busco su boca mientras entro y salgo de ella.

Giro en la cama y la dejo sobre mí.

Apoya sus manos en mi pecho y sube y baja para conseguir el máximo placer.

Busco su sexo y acaricio su duro botón con una mano, mientras la otra la llevo a su cintura.

Su orgasmo hace que el mío no pueda esperar más una vez que lo siento latir en mi sexo, y nos corremos juntos.

Cae agotada sobre mi pecho.

Nos abrazamos con fuerza.

Sé que este no será el último, porque aún no tengo suficiente de ella.

Capítulo 15

Violeta

Me despierto entre los brazos de Arnol.

Estamos en mi cama porque la suya quedó empapada.

No me muevo porque quiero disfrutar de este momento. Algo que nunca he vivido con nadie salvo con él.

Sabía que me faltaban cosas por conocer del sexo, pero no tantas. A su lado estoy descubriendo un mundo del que creía saberlo todo. Está claro que en la vida la clave está siempre no en la cantidad, sino en la calidad.

Escucho revuelo en la casa y al final tengo que moverme.

Giro y lo pillo mirándome.

—Buenos días —le saludo.

—Buenos días —me responde antes de darme un beso—. No sé si estoy preparado para el lío que parece estarse montando fuera. ¿Nos fugamos?

—Me apunto a lo de irnos y volver para la cena.

Le doy un beso rápido o esa era mi intención porque al sentir sus labios, quiero más.

Hacemos el amor en silencio antes de conseguir salir de la cama.

Nos duchamos y nos cambiamos antes de bajar a por algo para desayunar.

Mis padres están en la mesa y cuando les deseamos buenos días, además de un feliz cumpleaños, solo mueven la cabeza o levantan la mano para no dejar de hablar o teclear con el móvil.

—¿Te has preguntado si son robots enviados de otra galaxia? —me interroga Arnol y eso hace que me ría a carcajadas hasta que me duele el estómago y tengo parar.

—Visto que ni se han inmutado, apuesto a que sí. Lo mismo soy extraterrestre.

—Te he explorado bien y no, no lo eres —me lo dice con picardía y sus palabras me encienden.

Que haya bajado la guardia me encanta y espero recordar que no está aquí para quedarse, que solo me desea y nada más.

Terminamos de desayunar y me informa el mayordomo de la hora a la que pasará la peluquera y la maquilladora antes para que esté a tiempo.

Damos un paseo por la ciudad y acabamos comiendo en un restaurante que tiene muy buenas críticas en internet.

Yo le dejo mi opinión al acabar porque todo ha estado delicioso y los dueños nos han tratado con mucho cariño.

De vuelta a la casa me siento cansada y con ganas de vomitar una vez más.

Me detengo y tomo aire.

—¿Qué te pasa?

—Nada, los nervios por esta fiesta…

—Si quieres nos volvemos a nuestra casa ya.

—No, estoy mejor.

Arnol me mira preocupado. Coge mi mano y andamos hasta la casa de mis padres. Me encanta ver nuestras manos juntas. No puedo negar más que me estoy pillando por él, que daría lo que fuera porque pudiéramos intentar ser algo más.

Con él todo está siendo diferente. A su lado no finjo nada. Solo soy yo y es increíble estar al lado de alguien que te da la libertad de ser tú mismo sin miedo porque conoce cada parte de ti.

Llegamos a la casa y me dicen que ya me espera el maquillador y la peluquera.

Desde este instante todo es un caos.

Mis nervios se acentúan en mi cuerpo y casi me duele hasta respirar.

Miro al espejo ya con el vestido puesto y me encanta como me han dejado. Si no fuera porque es para la fiesta de cumpleaños de mis padres, estaría más feliz con el resultado.

Salgo y veo a Arnol en la puerta con su esmoquin puesto. Le queda de maravilla.

Me acerco a su lado y toco su pajarita.

—¿Y si nos quedamos encerrados en el cuarto?

—Lo que tú quieras, lo haré.

—Eso suena a proposición indecente. —Se ríe y le doy un beso rápido en la boca—. Tenemos que bajar.

—Temía que dirías eso y por cierto, estás preciosa, como siempre.

—Gracias. Tú estás jodidamente sexi y eso me hace odiar tener que bajar. No poder quitarte la ropa poco a poco.

Se ríe de nuevo.

—Luego seré todo tuyo.

Asiento feliz de que esto no haya acabado y aún nos quede un *luego*.

Bajamos al salón y, tras saludar a mis padres, vamos hacia la mesa de bebidas.

La gente no sabe quién soy y por eso me tratan como a una invitada más. Nadie se acerca a saludarnos.

En la casa no hay ni una foto de mí. Solo hay fotografías de mis padres posando en sus viajes junto a sus caros cuadros.

No tiene que afectarme, porque es lo de siempre, pero el dolor que siento estos días no se va.

Cuando nos sentamos a cenar no me entra nada.

No soy capaz de ver la comida sin querer vomitar.

—Si quieres, nos marchamos ya —me susurra Arnol al oído.

—No, puedo aguantar un poco más, pero de esta me sale una úlcera.

—No tienes que aguantar nada.

—Quiero bailar contigo —le confieso—. Luego podemos irnos.

—Vale.

La cena termina y pasamos al postre.

Mis padres bailan juntos los primeros para abrir el baile. Se nota, por cómo se miran, que se aman.

Me invade la tristeza de que tengan tanto amor para dar y no les haya sobrado un poco para mí.

—¿Y si tengo un día un hijo y soy como ellos? —pregunto a Arnol.

—Lo dudo mucho. A ti te sobra amor que dar. No eres como ellos.

—Gracias.

—De nada. Solo digo la verdad.

Mis padres acaban de bailar y se van con sus amigos.

La música sigue y algunas personas se animan a bailar en la improvisada pista de baile.

Arnol tira de mí y pasa mis manos por su cuello. Siento las suyas en mi cintura.

Bailamos sin dejar de mirarnos a los ojos por un segundo y me olvido que debo fingir que no me gusta.

Bailamos un par de piezas antes de irnos a mi dormitorio. No me despido de mis padres y ellos tristemente tampoco se darán cuenta de que nos vamos.

Al entrar en la habitación, la música se cuela por las paredes.

Arnol tira de mí para bailar una balada más, solo que esta vez no me corto nada porque no nos miran.

Me alzo y lo beso al mismo tiempo que nos movemos por el cuarto.

Tiro de su pajarita y la dejo caer.

Me deshago de su chaqueta y desabrocho los botones de su camisa uno a uno antes de meter mis manos por debajo para acariciar su duro y marcado torso.

Arnol me da una media vuelta y me abraza por detrás. Sus manos vagan por mi cuerpo y las mete por debajo de mi vestido hasta acariciar sutilmente mi ropa interior antes de llegar a mis pechos para acariciarlos. No llevo sujetador y la caricia de su mano y la tela hacen que se endurezcan.

Me siento arder.

Busca el cierre de mi vestido y me lo quita hasta que cae al suelo. Es cuando no da tregua a mis pechos. Los besos dejan de ser inocentes y pasan a ser ardientes.

Vamos hacia la cama dejando un reguero de ropa por el suelo antes de caer sobre el colchón. No puedo dejar de acariciarlo, de tocarlo…

Memorizo cada segundo vivido a su lado, por los momentos en los que sola extrañaré su cuerpo.

Esta vez hacemos el amor sin prisas y casi puedo sentir el regusto a despedida en sus caricias.

Cuando el orgasmo me atraviesa, noto los ojos llenos de lágrimas. Lo abrazo con fuerza como si así pudiera evitar el poner punto final a esto.

No me encuentro bien. Me remuevo en la cama presa del dolor hasta que despierto a Arnol.

—¿Qué te pasa?

—Me duele. —Le señalo donde me duele y Arnol me explora.

Grito de dolor cuando me toca en el abdomen derecho.

—Maldita sea. —Me toca la frente y sale de la cama con rapidez—. Tenemos que ir a hospital.

—Me estás asustando —le digo.

—Espero estar equivocado, pero todo apunta que puedes tener apendicitis.

Me quedo paralizada.

Arnol se viste y me ayuda con la ropa.

No me puedo mover y me lleva en brazos hasta su coche.

De camino se encuentra a mis padres y les informa de todo.

—Que todo vaya bien… —dice mi madre antes de irse.

No sé qué me duele más, si el dolor de mi cuerpo o el de mi corazón.

Al llegar a hospital no me encuentro nada bien.

Salimos del vehículo y Arnol me lleva hasta una silla de ruedas mientras grita pidiendo ayuda e informando de todo.

Corren los enfermeros para hacerse cargo de todo, alejándome de Arnol.

Lo miro sumida en el dolor, pensando si esta será la última vez que nos veamos, por si no salgo de esta, y cierro los ojos sabiendo que si estos son mis últimos momentos con vida, no puedo negar más que, sin quererlo, me he enamorado de él.

Capítulo 16

Arnol

Estoy muy preocupado y, aunque quiero quedarme todo para mí, me veo llamando a Chris a pesar de las horas.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta en cuanto descuelga.

—Ha sido mala idea llamar…

—Arnol…, somos amigos.

—Es por Violeta. La están operando de apendicitis y no sé cómo marcha la operación.

—¿Qué sucede? —se interesa Delia medio dormida.

—Nada. Sigue durmiendo. —Escucho como Chris la besa y sale de la cama—. Prefiero contarle las cosas cuando sepamos algo más.

—No lo pensé…

—Arnol, somos amigos y estamos para lo bueno y lo malo.

—Violeta no estaba bien, pero como se pone tan nerviosa estando con sus padres… No le di importancia. Si le pasa algo, será por mi culpa. He hecho un curso de enfermería y primeros auxilios. Debería haber estado atento a las señales…

—Arnol, has estado ahí cuando has tenido que estar. ¿Y sus padres?

—La ignoran. No le hacen caso… No sé cómo ha soportado vivir así siendo una niña.

—Vaya… Al menos te tiene a ti. Todo irá bien.

—Eso espero. Te llamo en cuanto sepa algo.

—Perfecto. No estás solo, Arnol. Llámame aunque sea para hablar.

—Gracias.

Cuelgo y me siento solo en la sala de espera deseando recibir pronto noticias de Violeta.

No es hasta que ha amanecido cuando llegan.

La operación ha ido bien, y por suerte hemos llegado a tiempo.

Las piernas me fallan. Estaba aterrado.

Informo a sus padres y, como ya esperaba, no comentan nada de querer venir. Aun así, los espero durante todo el día, hasta que me

dejan entrar para ver a Violeta.

Sé que a ella le gustaría verlos. Le gustaría que esto fuera el detonante para que cambiaran.

Entro en su habitación y está despierta.

Al verme sonríe, mira tras de mí y observa que cierro la puerta.

Trata de sonreír, pero no puede ocultar el dolor por la ausencia de sus padres.

La abrazo con fuerza y cuidado, mientras se deshace en lágrimas. Cada una de ella me parte el alma. Sé que tras esto habrá un antes y un después en ella.

Violeta

Recojo mis cosas de la habitación del hospital.

Arnol ha ido a hacer una llamada. Sus cosas también están aquí.

No queda ya nada mío en casa de mis padres, porque le pedí que fuera a por ellas. No quiero verlos. Me toca aceptar lo que siempre me ha costado asumir: que les debo mi vida, pero nada más. Algunas personas tristemente no nacen para ser padres y no sienten nada cuando tienen hijos. No voy a rogar amor a nadie más.

Si esta operación no les ha cambiado, nada lo hará.

Toca mirar hacia delante sola.

La puerta se abre y aparece Arnol. No se ha querido separar de mi lado en todo momento, aunque insistí en que se fuera.

—¿Todo listo?

—Sí, ya podemos irnos.

Recoge las cosas y salimos hacia su coche.

Entro en él sabiendo que este viaje de vuelta no será como el resto. En este al fin he aceptado que debo valorarme en la vida tanto como para no rogar más que nadie me dé las migajas de su amor.

Por eso no pienso ser yo la que ruegue a Arnol que me dé una oportunidad. Si me quisiera, lucharía por mí. Ahora lo sé.

Al llegar a mi casa, Delia y Ryan me esperan con una fiesta

que han organizado de bienvenida.

Chris también está.

Los abrazo como puedo a todos. Ellos son mi familia, porque la familia es aquella en la que las personas que quieres son parte de tu vida.

—¿Cómo estás? —me pregunta Delia tras acomodarme en el sofá.

—Mal, pero se me pasará. Soy fuerte. —Coge mi mano—. No vinieron… No les importo.

Delia seca la lágrima que cae por mi mejilla. Sé que ella me entiende.

—No te merecen, Violeta, porque eres su mejor creación y no son conscientes de ello. Si no pueden verlo, es que no merecen nada. No dejamos de ser menos por tener unos padres que no nos valoran. Seguimos siendo grandes y fuerte sin ellos.

Asiento.

Mis amigos tratan de animarme y se lo agradezco, pero necesito estar sola. Por eso les digo que estoy cansada y me marcho a mi habitación.

Al entrar, Arnol se cuela y cierra la puerta.

—¿Nos vemos pronto? —me pregunta.

—Claro, en cuanto pueda estaré por tu gimnasio para deleitarme con las vistas. —Sonríe y abre la boca para hablar—. Sé que se ha acabado. No tienes que explicarme lo que ya sé.

—¿Y es?

—Que si seguimos así, te arriesgas a enamorarte de mí y no quieres eso. Por eso prefieres parar a tiempo.

—Se me olvidaba que estaba ante mi psicóloga preferida. —Se acerca y me da un beso en la mejilla—. Estoy aquí para ti siempre que me necesites.

—Lo sé. Ahora necesito estar sola. Tengo mucho en lo que pensar.

Nos damos un último abrazo y noto como al separarse estoy a punto de romperme en pedazos.

Se marcha y me deja sola.

Lo dejo ir, porque nunca más lucharé por las personas que no me quieren en su vida. Es hora de que luche por lo que yo quiero en mi vida: ser feliz.

Capítulo 17

Violeta

Cuando me reincorporo al trabajo cambio las cosas. Dejo de escuchar sin más, y aconsejo a todos. Algo que no les sienta bien y lo dejan claro. Al final dejan de venir a verme porque la gente cree que puede usarte para descargar sus malos rollos sin recibir nada. Me pagan para dar consejos y los quiero dar.

Al final pasa lo que me temía: me despiden.

No lo veo un fracaso porque he sido yo misma. He sido profesional y no se me quiere por eso mismo. Si querían un mueble, que compren uno. Yo no merezco ser tratada como uno.

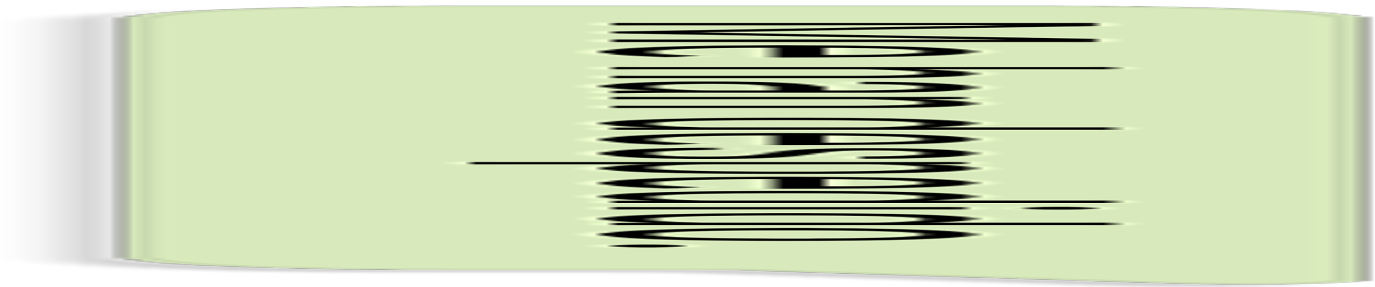
Vuelvo a mi casa con mis cosas.

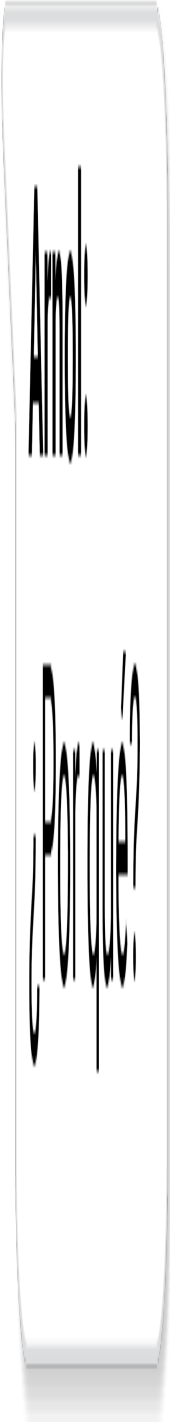
Hace quince días que regresé de casa de mis padres y desde entonces no he visto a Arnol, pero cada día me escribe por el móvil y hablamos.

Hoy no es menos:

Amor:

¿Qué tal va tu día?





Por hacer bien mi trabajo.

Ya me saldrá otra cosa.

Arnol:

Tal vez ya te haya salido.

¿Te puedes pasar por el gimnasio para que te comente una cosa?

Si no quieres verme, te lo cuenta mi socio...

Podré soportar ver tu preciosa cara y tu cuerpo de escándalo ;P

No te preocupes

No lo demoro más y me marcho.

Al entrar al gimnasio busco a Arnol. Lo encuentro hablando con una mujer. Mi corazón late como un loco al verlo.

Lo he echado mucho de menos. Estaba deseando verlo, pero solo quería hacerme a la idea de que una vez más he elegido amar a quien no es para mí.

Arnol se gira y al verme me sonríe. Me hace unas señas para que vaya al despacho.

Voy hacia allí y Arnol no tarda en venir.

En cuanto cierra la puerta, la habitación se me antoja pequeña.

—¿Qué tal? —me pregunta sentándose tras el escritorio.

—Genial. Ese trabajo no era para mí. Ahora quiero saber por qué te alegras. —Me tiende unos papeles y los leo por encima. Es la documentación de un máster para añadir psicología a los gimnasios—. ¿Qué es esto?

—Mucha gente viene buscando estar bien físicamente, pero también deben encontrarse bien mentalmente. Es un camino duro conseguir el cuerpo deseado o aceptar que tal vez tu cuerpo no es como deseas. Las dietas suelen deprimir a las personas y necesitan apoyo emocional. Ahí es donde entras tú. Queremos que este gimnasio sea diferente y para serlo tenemos que querer a nuestros clientes hasta el punto de darles apoyo tanto físico como emocional.

Leo de nuevo los datos del máster y las notas de Arnol.

Tienen razón en que muchas personas deben estar preparadas para el cambio y los retos. No hay que equivocarse y buscar milagros.

—Se ve interesante, pero no tengo ni un duro. No puedo permitirme este máster.

—A la empresa le sale más económico. Sería de un año. Es en la ciudad. Puedes estudiar por las mañanas y trabajar por las tardes para ir poniendo en práctica lo aprendido. ¿Qué te parece?

—Bien, está genial… ¿Lo haces por lástima? Porque no la necesito. Puedo encontrar trabajo pronto. Soy muy buena.

—Sé que eres muy buena y por eso te lo he sugerido. Soy bueno, pero no tonto. No te pagaría un máster y un sueldo por caridad, porque si este negocio sale mal, muchas familias se irían a la calle.

—Visto así… No te tengo por tonto.

Sonríe.

—No lo soy.

—Pero hasta que no acabe el máster no estaré de verdad preparada.

—Pero seguro que sabrás dar buenos consejos. Lo único que,

cuando tengas el máster, cobrarás un poco más.

—Como jefe eres bueno.

—Otra cosa es que te inquiete tenerme cerca.

—Lo tengo… superado. —Iba a decir asumido, pero eso sería revelar demasiado.

—Bien, pues ya lo que tú veas. Puedes pensarlo.

—No tengo nada que pensarlo. Me apetece mucho aceptar este reto, la verdad —respondo sincera.

—Esperaba que dijera eso. Me alegra tenerte en el equipo.

—Espero que ahora mirar me salga gratis, que pagar todo el mes de gimnasio para solo venir a pasear, me sale caro.

Se ríe.

—Ya no tendrás que pagar por usar las instalaciones.

—¡Qué gran plus!

Arnol me pide los datos para el contrato y, cuando regresa de fotocopiar mi documento de identidad, me pregunta por mis padres:

—¿Has sabido algo de ellos?

—No, ni creo que lo sepa. Duele, pero he decidido que no me importe ya más. Para mí están ya fuera de mi vida. Al fin y al cabo nunca han luchado por lo contrario.

—Ellos se lo pierden.

—Pues sí. Soy genial.

—Lo eres, sí. —Su forma de decirlo me hace observarlo. Arnol aparta la mirada y se centra en su mesa—. Nos vemos en unos días, compañera.

—Jefe…

—Somos compañeros de trabajo. Un buen equipo no menosprecia los engranajes que lo hacen funcionar bien —me indica.

Salimos del despacho y me presenta a todos los compañeros. Se nota que hay buen ambiente y estoy deseando empezar.

Mi día no ha hecho más que mejorar.

—¿Y crees que va a ser bueno ver tantas horas a Arnol? —me pregunta Delia preocupada.

—Yo pienso como ella —dice Ryan.

Estamos tomando unas cervezas en nuestro bar preferido cerca de mi casa.

—¿Y qué culpa tengo yo de que no sienta lo mismo? —les

digo antes de dar un buen trago a mi cerveza—. Tengo que seguir viviendo y es mi amigo. Lo quiero en mi vida. Aprenderé a olvidar lo que siento y dar oportunidades a las personas que quieran sentir lo mismo que yo. Va a ser duro, pero lo conseguiré.

—Estoy segura de ello —afirma Delia.

—Brindemos para que olvidar a un amor no correspondido sea fácil. —Chocamos las copas los tres aunque Delia tiene la suerte de haber encontrado el amor.

Esta noche, cuando me acuesto, sonrío, porque, aunque sé que no será fácil estar al lado de Arnol, siento que por fin tengo las riendas de mi vida y de mis acciones. Mi vida la domino yo sin esperar nada de nadie.

Capítulo 18

Violeta

Me encanta mi nuevo trabajo y el máster está genial. Me he documentado y tengo muchos datos que ya he estado aplicando en el gimnasio. Delia me ha ayudado y gracias a ella, incluso no teniendo el máster, sabemos cómo aplicar los conocimientos de psicología en el deporte.

He conocido casos importantes. Una había pasado por bulimia y ahora usaba el deporte para sentirse bien con su cuerpo para no recaer en sus malos hábitos. Me ha estado contando qué siente y no puedo más que admirarla.

Las enfermedades mentales son igual de importantes que cualquier otra.

Otro chico se obsesionó con su imagen por las redes sociales. Quedaba con chicas que siempre le decían que en persona no era igual de guapo. Hemos hablado mucho y ahora está saliendo con una chica del gimnasio que lo quiere tal cual, sin filtros de esos que eclipsan y te hacen ser algo que no eres.

Y con Arnol… Bueno…, es un gran amigo al que quiero mucho y estoy aprendiendo a olvidar. En dos meses que han pasado desde que llegué, no ha cambiado su forma de mirarme y no espero que lo haga.

—Hola. —Me giro y veo a Andrés, un compañero del máster.

—Hola. Qué bien que te hayas animado a venir.

Me da dos besos justo cuando Arnol entra en la sala en la que estamos. Nos mira y los presento.

—Es un buen amigo del máster que se ha apuntado al gimnasio.

—Seguro que estarás bien —le comenta Arnol.

—Seguro —dice Andrés mirándome de una forma que me saca los colores.

Para nadie del máster es un secreto que le gusto. Empezamos siendo amigos, hasta que hace poco me dijo que si sería tan malo tener una cita.

No le he respondido todavía. Es muy guapo y sexi, y me atrae, pero no siento nada más por él. Sé que la única forma de sentir más es

dándole una oportunidad.

—Vamos que te enseño todo.

Me despido de Arnol y me voy con Andrés para mostrarle todo.

Lo dejo en los vestuarios y me marcho a mi despacho.

Al poco de entrar Arnol.

—¿Es tu novio? —me pregunta de manera directa.

—¿Novio?

—¿Tu cita?

—Compañero del curso.

—He visto cómo te mira y te has sonrojado. ¿Te gusta?

—¿Me lo preguntas como amigo o como ex lío de cama que no quiere que nadie ocupe su lugar? Porque como amigo, vale, pero como lo segundo no tienes derecho.

—Como amigo.

—Me ha pedido una cita. Estoy pensando decirle que sí, porque me atrae y es un gran chico. Me merezco que me quieran y encontrar a alguien que haga chorradas de globos o flores por mí, que no tenga miedo a enamorarse de mí.

Nos miramos a los ojos y espero que diga algo, pero solo asiente.

—Claro. Mereces ser feliz y me alegraré por ti.

Se marcha y sé que tengo que aceptar a Andrés porque de forma indirecta he quemado mi último cartucho con Arnol.

Arnol

Me paso toda la tarde viendo a Violeta ligando con Andrés y se me crispa el carácter. No doy pie con bola y cada vez que ella sonríe me dan ganas de acercarme para decir cualquier estupidez.

Cuando se marchan estoy que me subo por las paredes.

Mi amigo y socio me dice que vaya a su despacho.

—Si estás así de cabreado por el nuevo ligue de Violeta, te diré que me consta que a ella le gustas y tú no has hecho nada de nada.

—No es por eso.

—¿Y por qué es? Porque, ya que no es por eso, te diré que Violeta ha aceptado tener con él una cita el viernes por la noche.

Saberlo me inquieta y me remuevo en la silla.

—Que sea feliz.

—Lo dices como si quisieras arrancar la cabeza a alguien.

Estás poniendo tu mirada de guardaespaldas malote. —Lo fulmino con la mirada—. Si esto es por tu estúpida promesa tras lo que te hizo Olga, te diré que eres idiota. Olga nunca me cayó bien porque todos notábamos que no sentía nada por ti, pero le gustaban tus regalos caros y tus detalles. Te dije más de una vez que dejaras de gastar tu dinero en ella. —Recuerdo esos momentos olvidados—. Solo quería un chófer y alguien que fuera su perrito faldero. Tú la querías tanto que no te dabas cuenta, pero el amor no es eso. El amor es que los dos estéis en la misma posición, y no que uno sea el muñeco del otro.

—No fue así…

Entonces empieza a relatarme cómo vio mi historia con Olga y las cosas que hice. Lo miro dándome cuenta por primera vez de lo ciego que estuve.

—Te lo avisé muchas veces, pero el amor te cegó o tal vez la obsesión.

—Entonces es mejor que huya del amor.

—No, lo mejor es que aceptes que eras más joven e inexperto y que has cambiado. Te he visto con Violeta. Sois amigos y ella te mira como a su igual. ¿Alguna vez te ha hecho sentir inferior o se ha aprovechado de ti? Porque la conozco desde hace tiempo y normalmente siempre suele dar a los demás más de lo que pide para ella.

—Eso es cierto.

—Violeta te gusta, y la quieres, pero eres tan idiota que la dejas escapar por miedo a enamorarte cuando ya lo estás. Así que tú mismo. Si no luchas por ella, un día verás cómo consigue olvidarte con otro y lo verás día tras día… tras día.

—Para.

—La besará delante de tu cara. Se tocarán…

—¡He dicho que pares!

—La amas, y ahora sigue pensando que por no hacer nada, la amarás menos.

—Me marcho a recoger.

—Huir no es la respuesta. Tú te has puesto delante de personas para dar tu vida por ellos y ahora te cagas ante una chica que te gusta. Nunca te creí un cobarde… a no ser que sigas amando a Olga y por eso sigues sufriendo por ella.

—¿Puedes parar ya? No sé cómo te soporto como amigo.

—Porque soy el mejor.

Me marcho a recoger y no puedo dejar de pensar en todo lo que me ha dicho. Por primera vez comparo mi relación con Olga con lo que he tenido con Violeta, y compruebo que no se parecen en nada.

Con Violeta siempre he sido yo mismo y con Olga sentía que debía hacer mil cosas para no perderla porque daba gracias que me dedicara su tiempo. Yo mismo me rebajé.

¿Y ahora? No sé qué narices hacer.

Capítulo 19

Violeta

Delia y Ryan han decidido apuntarse al gimnasio conmigo, algo que me extraña porque Delia odia el deporte y Ryan suele ir, pero por las mañanas a primera hora antes de marcharse a trabajar.

Entramos y veo el suelo lleno de globos.

—¡Estamos de fiesta! —Los miro—. ¿Es por eso por lo que os habéis apuntado?

—Puede ser —dice inocente Delia.

Seguimos entrando y veo un precioso oso gigante con un corazón en el pecho.

Lo acaricio sin saber qué pinta aquí.

Sigo la mirada y veo a Arnol con la cara tensa al fondo.

—¿Y todo esto? —le pregunto divertida—. Odias todo esto y se te nota tenso.

—Es para ti —dice no muy feliz.

—¿Para mí? —Asiente y cojo el peluche—. ¿Es una fiesta sorpresa por ser la mejor? —Abrazo el oso como puedo y nadie me responde—. ¿Por eso estáis aquí? —pregunto a mis amigos.

Doy patadas a los globos al ir hacia Arnol.

—¿Te gusta todo esto? —se interesa.

—Me divierte, pero ver tu cara incómoda le resta toda la emoción. Si todo esto no te gusta, no deberías hacerlo. Tampoco me merezco una fiesta. Todos somos igual de geniales, pero gracias. El oso me lo quedo. Me ha hecho ilusión. Nunca me han regalado uno.

Eso ablanda la mirada de Arnol.

—¡Joder! Soy un idiota. —Se pasa la mano por la cara.

—A veces sí, pero sabes que yo te soporto igual. —Le doy en el brazo de forma amistosa.

Arnol toma aire y centra su mirada en mí.

—Yo no hago todas estas cosas porque hace años confundí el amor, porque creía que para conservar a alguien debía hacerle cientos de regalos.

—Ya lo sé, y no tenías que haber hecho esto por mí.

—Sí tenía que hacerlo, porque quiero olvidar el pasado. Es verdad que todo esto me ha inquietado, pero ahora, al verte feliz con

el oso, me pregunto por qué he tardado tanto en darme cuenta de las cosas.

—No te sigo, Arnol.

—No quería enamorarme de ti —me suelta a las claras y mi corazón se dispara, al mismo tiempo que me pido calma porque ahora puede venir la parte mala—, pero una persona no elige de quién se enamora. Es algo que pasa aunque no quieras, y tienes dos opciones cuando sucede: luchar por lo que sientes o vivir para siempre sabiendo que perdiste porque no lo intentaste.

—La opción cobarde siempre es la más fácil… Sé que no quieres enamorarte ni de mí, ni de nadie, y por eso nunca te he dicho lo que siento, Arnol. Sabía que habías decidido no tener nada, y lo entiendo. No te juzgo…

—Déjame acabar —me corta divertido.

—Me da miedo el *pero* de todo esto —le reconozco.

—El único *pero* lo vas a poner tú, si quieres. Yo no tengo *peros*. No quiero perderte, y no me refiero a como amiga, que sé que ya te tengo, pero quiero ser algo más. —Mis latidos se aceleran—. No quería enamorarme, pero estoy loco por ti. Y sí, podría seguir haciendo el tonto y negando lo que siento, pero he decidido dejar de huir y empezar a luchar por lo que quiero, y eso eres tú.

Se queda callado y miro a mis amigos que por la cara que tienen, se aprecia que lo sabían todo. Los demás compañeros del gimnasio también están atentos y los clientes igual.

—¿Me estás pidiendo que salgamos juntos?

—Si eso incluye ser novios, sí. Si no quieres, puedes poner el *pero* que le falta a todo esto.

—¡Ni de coña! Es lo más bonito que ha hecho nadie por mí… aunque no lo necesito. Con que me hubieras dicho todo ese discurso, me habría bastado.

—Quería que supieras que te lo mereces todo, y que yo quiero darte todo lo que te mereces.

—Yo solo te quiero a ti, Arnol. No quiero regalos caros, ni estas cosas, si no te gusta hacerlas. Yo solo quiero un compañero de vida, no alguien que costee mis caprichos. Esos ya me los compro yo. —Me río y me lanzo a su cuello. Me coge con facilidad—. Te quiero, Arnol, y había asumido que debía aprender con eso. Ahora sé que tal vez hubiera sido imposible.

—Yo también te quiero, Violeta. Quiero luchar por lo nuestro.

—Y yo. —Lo beso y la gente aplaude. Me río pegada a su boca —. No lo querías, pero has acabado dentro de una comedia romántica.

—Al final hasta le estoy pillando el gustillo.

—Genial porque lo he grabado todo y lo pondré una y otra vez —dice su amigo y socio—. Y ahora a trabajar tras recoger todo esto.

—Eres un gruñón —le pica Arnol. Se ríe y empieza a pinchar globos.

Me bajo de los brazos de Arnol y voy a buscar una bolsa para guardarme algunos globos de recuerdo.

Arnol me da un beso en el cuello y me tiende una caja de bombones.

—Estos si quieres nos los comemos juntos luego.

—Quiero.

Me abraza antes de irse a recoger.

Delia se acerca y me abraza, y Ryan hace lo mismo.

—Me alegra mucho que hayas encontrado tu historia de amor —me dice Delia—, pero ahora viene el luchar por ella. Esto no acaba aquí. Solo empieza otra aventura.

—Lo sé, y estoy deseando luchar por ello.

—Todo irá bien —afirma mi amiga.

—Seguro que sí —añade Ryan—. Aunque me quede solo en casa porque acabes pasando más tiempo en la de Arnol. —Me río.

—Seguramente.

Terminamos de recoger y me cuesta trabajar sin pensar en Arnol, y parece que a él también porque me busca con la mirada a cada rato o cuando puede me acaricia.

—Vale, os doy la tarde libre —dice el socio de este cuando Arnol me acaricia la cintura—. Largaos de aquí antes de que me arrepienta.

Recogemos nuestras cosas y, tras despedirnos de todos, vamos hacia la casa de Arnol en su coche.

En cuanto pisamos el ascensor nos besamos con urgencia.

Al entrar a su casa estamos jadeantes. La urgencia nos hace tirar de la ropa del otro para sentir piel con piel. Antes de llegar a la cama ya no tenemos la ropa puesta y al caer sobre ella, Arnol ya está en mi interior.

Entra y sale de mí.

No sé cómo imaginaba poder vivir sin él.

Sin este dulce nosotros.

El orgasmo me arranca un te quiero y esta vez él responde con lo mismo.

—¿Estás despierto?

—Ahora sí —me responde.

Estamos abrazados en la cama. Mi cabeza descansa sobre su pecho desnudo.

—¿Qué te pasa?

—Me da miedo que te arrepientas mañana —le confieso.

—No lo haré. No sé vivir sin ti y mira que este cabezón lo ha intentado. —Me río—. No soy como tus padres, Violeta. Seguiré aquí mañana y al día siguiente… pero ese miedo tal vez solo se aleje de ti con el tiempo. Cuando te convenza de ello.

—Es posible.

—Juntos superaremos los miedos del otro. Yo hasta le he perdido miedo a todas esas estupideces románticas.

—Lo sigues odiando. —Se ríe y asiente—. Solo me importas tú. No todo eso.

—Lo sé. Contigo lo sé. A tu lado no siento que deba hacer nada más que quererte.

Lo beso y apoyo mi frente sobre la suya.

—Juntos. Me encanta como suena eso.

—Pues acostúmbrate porque desde ahora nuestros caminos estarán unidos.

Nos besamos.

Desde que vi a Arnol atrajo mi atención, pero si me hubieran preguntado si esperaba esto algún día, habría dicho que no, porque pensaba que esto nunca me pasaría a mí.

Luchar tantos años por el amor de mis padres me había hecho conformarme con poco, porque en mi interior ellos me habían hecho sentir que no merecía nada y que debía dar las gracias por lo poco que tenía en mi vida.

A Arnol le pasó algo parecido con su ex. Dio demasiado porque no pensaba que él por sí solo, pudiera valer para retenerla.

Juntos hemos descubierto y aprendido, que cada persona se merece ser amada, sin que para ello deba olvidarse de algo tan importante como ser uno mismo.

Ahora sé que quien pierde no soy yo, sino las personas que no se toman su tiempo en conocerme.

Me abrazo con fuerza a Arnol pensando que al final esperé de él solo una noche y en realidad nos espera por delante toda una vida, si cuidamos bien lo nuestro.

Epílogo

Arnol

Violeta y Delia cantan la canción de Chris en el concierto al que estamos invitados. Estamos entre bastidores.

Violeta y yo llevamos un año juntos. Un año que se me ha pasado en un visto y no visto, y es que es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando eres feliz.

Hoy es nuestro aniversario y tengo algo preparado para ella. Algo que si soy sincero, no sé cómo me saldrá.

La canción de Chris acaba y me mira.

Asiento.

—Hoy quiero dar paso al escenario a un gran amigo. Arnol…

—¿Y eso? —pregunta Violeta.

La gente aplaude y me marcho al lado de Chris.

—¿Preparado? —me dice mi amigo.

—No, pero quiero que recordemos este momento los dos.

Al lado de Violeta he vuelto a ser yo. Me gustan los detalles y a ella también. La primera semana que estuvimos juntos, Violeta me regaló un ramo de rosas que dejó en mi despacho. La segunda le llené el ordenador de corazones.

Al mes llené su casa de globos rojos y ella la mía de purpurina que nos costó mucho limpiar.

Es algo que nos sale de forma natural. Algo que había olvidado por miedo. Ahora es algo que hago de corazón esperando solo su sonrisa, y casi nunca son detalles caros. Casi siempre son ideas que sé que le gustarán. Es algo que hacemos los dos por amor, no para comprar el amor de nadie. Ahora lo sé.

Chris pide a la gente que pongan el flash en el móvil y bajan las luces del escenario. Solo me iluminan a mí.

Miro a Violeta y le hago una seña para que se acerque.

La gente aplaude cuando ella entra en el foco.

—Sabes que te quiero, y que no me imagino una vida sin ti. —Asiente y entonces me arrodillo con un anillo en la mano que llevaba guardado en el bolsillo ante toda esta gente sabiendo que solo tengo ojos para ella—. ¿Quieres casarte conmigo y seguir construyendo juntos nuestra historia de amor?

—Sí, quiero. Sí, quiero. —Se tira con tanta fuerza que caemos los dos al suelo.

Entonces nos tiran serpentinas y confetis. La gente aplaude mientras nos besamos.

—Esto no sé cómo lo voy a superar —me dice.

—Sabes que no estamos compitiendo, ¿verdad?

—Lo sé.

La beso una vez más siendo más feliz que nunca. Yo que tenía miedo a amar, me he dado cuenta de que el amor llega a tu vida tanto si quieres como si no y que es de valientes acepar que la vida pasará igual tanto si te arriesgas como si no.

Es de valientes amar, igual que es de listos luchar por las personas que tienes la suerte de tener en tu vida cada día.